

209976

ARBOL

Revista Catamarqueña de Cultura

3-4

SUMARIO

CON LAS PUERTAS ABIERTAS

PROBLEMAS

Alberto Caturelli: Josef Pieper y el Fin de la Historia.
Miguel F. Sciacca: La Educación como problema de Comunicación.

TESTIMONIO DEL PASADO

José V. Figueroa: El primer desacato en Catamarca.

BALCON A LA VIDA

Juan Tivoli: Elogio de la plaza de Catamarca.
Armando R. Bazán: El Pesebre Navideño en La Rioja.
J. M. Reyes Vélez: La Siesta del Arrope.

POESIA

Poemas de Carlos B. Quiroga, José M. Paredes, José Luis Galarza
y José E. Nieva.

CRONICA Y NOTAS

Danzas en el Teatro Catamarca - El filósofo por Alberto Rouges
Reseña de Conferencias - Marginalla - La Joven Generación
Argentina por F. E. País - Nuestros Artistas - El Escritorio
de la Librería. — Algunas opiniones acerca de "ARBOL".

Catamarca, (R.A.) Nbre. - Dbre. de 1955

DROGUERIA

CATAMARCA

SALTA Y MOTA BOTELLO

CATAMARCA

"Casa Borello"

ARTICULOS GENERALES

Para el Buen Vestir

y

Sastrería de Fina Medida

Rivadavia Nº 567/71 — Tel. 082

ARBOL

☆

COMITE DE REDACCION

Arturo Melo

Federico E. Pais

Armando Raúl Bazán

Ramón Rosa Olmos

☆

Registro de la Propiedad

Intelectual 507832

Tarifa Reducida en trámite.

☆

Suscripción anual \$ 50

Número suelto " 4

☆

San Martín 669 — Tel. 307

CATAMARCA

(República Argentina)

G. MENTASTI

REPUESTOS Y ACCESORIOS GENERALES
PARA TODA MARCA DE AUTOMOTORES

Baterías "DELCO" Un Producto de
General Motors Argentina S. A.

Herramientas Generales Para Talleristas

Rivadavia 852/60 Tel. 370 Catamarca

ARBOL

Revista Catamarqueña de Cultura

Año I

Catamarca (R. A.), Noviembre y Diciembre de 1955

Nº 3 - 4

Con las Puertas Abiertas

Nuestro modesto esfuerzo periodístico objetivizado en "ARBOL", nos ha valido palabras de estímulo y palabras de censura.

Valoramos la sinceridad de ambas. Y las agradecemos de todo corazón. La vida del hombre está matizada de aciertos y de errores. Por eso, en el orden intelectual sobre todo, lo que otorga más depurada jerarquía es la honradez con que se procede.

Nosotros procuramos, en todo momento, ser honrados con nosotros mismos para reflejar esa honradez en nuestros lectores. Cabe, en efecto, dejar plenamente establecido que "ARBOL" no es cenáculo de puertas cerradas. Por el contrario, desea ser un centro de atracción, para todos los que, aún en discrepancia de ideas, comparten nuestras inquietudes. Y nuestra inquietud fundamental radica en el propósito —llámesela ambición si se quiere— de brindar algún aporte a la cultura de nuestro medio. Preferimos equivocarnos, honestamente, en el afán de elevación, que adherir al signo negativo de los que no hacen nada. Solamente estos últimos son los que nunca incurren en yerros. Comprendemos que hay valores intelectuales muy superiores a los nuestros. Para ellos, más que para nadie, están abiertas las puertas de "ARBOL". No es culpa nuestra que no nos honren con sus producciones. Mientras aguardamos sus colaboraciones, vémonos compelidos a llegar a nuestros lectores con el material de que disponemos. Corresponde sin embargo afirmar que, entre las firmas que suscriben trabajos en nuestra revista, las hay de nombradía y de prestigio nacionales.

Aceptamos, complacidos, las críticas que se nos formulan. Quisiéramos que a tales críticas se sumara una leal y constructiva emulación. Es esta la mejor y acaso la única forma de ofrendar a la cultura, exponentes de superación.

Por la índole de "ARBOL", excluimos toda expresión de acritud y de polémica. La polémica y la acritud tienen cabida en determinados géneros literarios y en específicas manifestaciones publicitarias. No las criticamos. Prescindimos de ellas.

Es exacto también que tamizamos el material de lectura. Especialmente en lo que concierne a su elaboración idiomática y gramatical. Quienes juzguen que ello importa un exclusivismo, comprenderán fácilmente las razones que nos inducen a proceder así.

Nuestro lema, quizá muchas veces incumplido, es ascender y no descender.

Pensamos que, con las reflexiones anotadas, hemos respondido a los que nos censuran y hemos correspondido a los que nos estimulan.

Dicho sea esto con franca y cordial sinceridad.

Josef Pieper y el Fin de la Historia (*)

ALBERTO CATURELLI

1. — *Credo ut Intelligan*

Es ésta, como dice el autor que vamos a comentar, una cuestión imposible de eludir. Pero el objeto de la cuestión propuesta por la filosofía de la historia es diferente en su principio del objeto de la historia misma, pues este objeto pertenece no al pasado sino al presente e igualmente el futuro y se trata, al fin de cuentas, de saber cómo terminará el proceso de la historia. Sin embargo, tampoco esta cuestión debe ser dejada en suspenso; es preciso encontrar una decisión; después de Cristo resulta ya poco serio pensar, por ejemplo, en una solución enlazada con el ciclo indefinido y eterno de un Aristóteles; de ahí que el filósofo alemán Josef Pieper sostenga que "no se puede dejar esta cuestión en suspenso" (p. 14). Pero en Pieper el problema tiene una seria derivación con la que, en definitiva, estamos identificados; para él, toda cuestión netamente filosófica está *ordenada* a la teología y este pasaje de la filosofía a la "teología", a la revelación, "se efectúa en virtud de un movimiento propio a la cuestión filosófica misma, de la impulsión que la orienta hacia el fondo y las raíces de las cosas: hasta el punto que, en esta perspectiva, un pensamiento filosófico que se empeñara por quedar "puramente filosófico" llegaría a ser infiel a sí mismo y cesaría en realidad de ser filosófico" (p. 17). Claro que por este camino hay dos dificultades contrarias que se traducen en dos actitudes diferentes: frente a esta concepción puede surgir la reflexión filosófica como una impulsión que llegada a cierto punto, dice basta: no más allá, *sin que exista una verdadera razón para detenerse*; y también es posible que esta reflexión filosófica esté viciada desde su base como acontece cuando la propia filosofía se considera como una ciencia especializada más; de ahí que *una reflexión filosófica que rechaza el estar metódicamente abierta a la teología y de ponerse de acuerdo con ella cesa simplemente de ser filosófica*.

A esto debemos agregar que: primero, toda representación de la historia implica siempre una concesión cualquiera de *comienzo* y *fin* que dependen de una interpretación prefilosófica en la cual ambos son revelados o inalcanzables; en segundo lugar, lo que se encuentra en el fondo de la historia es la cuestión de la salud o de la perdición del hombre que no puede ser excluida y en tercer lugar, en lo que nos dice la Revelación que concierne primordialmente no a una concepción del mundo sino a la historia de la salud. Entonces, una filosofía de la historia que rechace el recurso a la teología que propugna Pieper, se transforma en una pseudo-filosofía en ese caso, este rechazo implica la destrucción de la misma cuestión *propuesta por el filósofo* y deja de tener valor verdaderamente humano; es decir, que la filosofía que rechaza el recurso a la teología ni siquiera llega a captar su propio objeto, ni a tener una visión de la totalidad de la historia.

Pero la cuestión tiende a complicarse cuando nos proponemos el tema del fin de la historia, del fin de los tiempos; y la complicación

(*) La Fin des temps. Meditation sur la Philosophie de l'histoire, trad. Clère Champollion, 1931, 200 págs. Descée de Brouwer Paris, 1953.

reside en el hecho siguiente: es necesario acudir a la *profecía*; y entonces del dominio histórico está ordenado interiormente a la profecía (p. 37), que es lo que nosotros hemos expuesto en el cap. VII, § III de nuestra *Teología de la Historia universal*; pero siguiendo con el autor alemán, éste afirma que la profecía es la única forma de predicción que se ordena a la naturaleza de la historia (p. 38). Así pues se distingue claramente de la simple previsión que "consiste en descubrir en los datos mismos de la experiencia las indicaciones sobre un futuro ya presente aunque de modo oculto" (p. 39); pero los acontecimientos propiamente históricos no pueden ser objeto de previsión sino de profecía en cuanto "anuncio de un futuro imprevisible", pero el autor indica aún una distinción más: la profecía propiamente dicha es ya cumplida, mientras que reserva el nombre de *predicción* para la profecía en cuanto "anuncio de un futuro imprevisible". Pero el autor inmente lo que más resistencia levanta entre los hombres. Tal cosa es vista generalmente como un escándalo, como una provocación; naturalmente que puede ser rechazada y de hecho lo es en la mayoría de los casos, rechazada sucesivamente, tal como se va cumpliendo la profecía: sucesivamente. Pero el sentido de lo que está dicho en una profecía no deviene claro más que para aquel que la considera *retrospectivamente* "a partir de su cumplimiento en la historia" (p. 47). Así, la respuesta que la teología da a la pregunta sobre el fin de los tiempos es esencialmente profética. Empero, podemos agregar más: ¿entonces es preciso admitir una primacía de la fe? Indudablemente. La condición prerrequerida de la filosofía de la historia, como también de la teología de la historia, es la fe, o lo que es lo mismo, la aceptación de la Palabra revelada concerniente a la historia. Esto nos lleva a un punto en el cual encontramos un lugar de confluencia entre Pieper y nuestra propia posición y que fué lo que más nos impulsara a escribir este estudio crítico. A partir de un contenido de revelación aceptado en la fe, pero pensado e interpretado, la filosofía de la historia pone sus ojos sobre la diversidad de acontecimientos; y a partir de esta interpretación teológica más precisa y profunda en su contenido, deviene posible una penetración filosófica más vasta y más real. Tal es la doctrina propuesta por Pieper. En lo que se refiere específicamente a la cuestión del fin de los tiempos, es preciso reconocer con Pieper que nos vemos *obligados* a ponerla ya que no está en el poder del hombre eludirla (p. 57); porque si rechazamos la cuestión del fin entonces nos inhabilitamos para comprender nada que se refiere al fin mismo; y recordemos que *toda* la historia se refiere a él. Entonces, aquél que acepta por la fe la profecía referente al fin de la historia, está en condiciones de ver más que los otros *en* los acontecimientos históricos. Aquí nos preguntamos de qué tipo de conocimiento depende toda afirmación acerca del fin de la historia; parece no quedar otro camino que el conocimiento *directo* que, para Pieper, adviene de las cosas mismas presentes como una *comunicación* de ellas. Pero es menester distinguir algunas especies de intuición: así, existen experiencias que pueden ser rehechas por otros y algunas que son incommunicables como las intuiciones del creyente, no comunicables al incrédulo. Además, existen conocimientos intuitivos que son reconocidos netamente en sus objetos y pueden ser definidos por aquel que así conoce; y otros que no pueden ser expresados y quedan, en cierta manera, *latentes*; como cuando ante un hecho inesperado una persona reacciona de determinada manera para mí absolutamente imprevisible, no sabida jamás por mí; pero que sin embargo no me sorprende: descubro que así, en efecto, debí saber siempre que de tal manera reaccionaría la conciencia del sujeto determinado. Y bien: si nos fijamos en la cuestión del fin de los tiempos, cabe preguntarnos en virtud de qué intuición somos

capaces de percibir este "ser en vistas del fin" (p. 63). He aquí la solución: "puede haber de manera legítima acerca del fin de los tiempos, afirmaciones filosófico-históricas, es decir, afirmaciones hechas considerando la historia de los hechos; esta visión, esta intuición, puede ser de aquellas que proporcionan un saber latente, tal saber que no se manifieste más que con ocasión de hechos históricos determinados donde la intuición anterior se revela bajo la forma de no-sorpresa" (p. 64). Claro que en el siglo pasado, por ejemplo, el actual Estado totalitario era algo increíble; pero para el creyente que ve la historia con la perspectiva del Apocalipsis, el Estado totalitario no le sorprende y en él sólo ve una prefiguración atenuada del Estado del Anticristo. Vistos los hechos de la historia desde el punto de vista escatológico, se produce siempre una cosa análoga y, en resumen, ¿"no se podría pensar que las visiones del Apocalipsis han hecho entrar en la memoria potencial del creyente toda una reserva de estas "intuiciones potenciales?" (p. 65). Pero lo más importante reside en que, en presencia de fenómenos históricos se actualizarían, y mereciendo entonces plenamente el nombre de intuiciones de experiencia, "podrían ser descifradas en el nudo oculto de la realidad histórica"; en este sentido se puede decir que Pieper descubre que los simples datos de experiencia pueden darnos una respuesta respecto del fin de los tiempos. Pero ésta nos lleva más lejos todavía, porque si observamos bien y un poco por nuestra exclusiva cuenta lo que llevamos dicho, estas "intuiciones potenciales" a partir de hechos de experiencia *suponen* que aquel que las puede experimentar, las puede experimentar porque es cristiano y hay en él una fundamental primacía de la fe, de un *credere* sobre todo otro *intelligere* que se comporta como posterior. En efecto, el autor alemán termina la primera parte de su obra afirmando esta primicia fundamental que ya es una extensión de la lógica de su misma exposición. La revelabilidad interior, la misma claridad de las cosas, le ha sido infusa por el Lógos, por el conocimiento creador del Lógos; entonces, las consecuencias resultan claras: "mientras que yo considero esta forma arquitectónica de las cosas, su cognoscibilidad, su verdad, su claridad, nadie duda que no contemplo las cosas mismas, en frente; mi mirada está dirigida hacia la realidad que se encuentra delante de mis ojos; pero: está igualmente fuera de duda que yo no vería esta estructura, la más íntima de las cosas que son, si no existieran en la luz del Lógos que, detrás de mi espalda, las ilumina como por encima de mis hombros, en la luz del Lógos por el cual en el comienzo todo ha sido hecho. Se trata pues perfectamente de un *intelligere*, de una percepción, realizada en el encuentro con las cosas. pero es un *intelligere* sobre la base de un *credere*" (p. 67). Todo lo cual puede resumirse en la célebre sentencia de la filosofía occidental cristiana: *credo ut intelligam*.

2. — La representación del fin de los tiempos

Si el fin se nos presenta como la revocación del comienzo, así como la creación es una producción a partir de la nada, así el fin es el retorno del ser a la nada. En este sentido primario, el nihilismo de un Nietzsche parece tener sentido porque la conciencia de la posibilidad de un fin absoluto ha penetrado en los tiempos actuales. Pieper hace notar, de acuerdo con todo el pensamiento cristiano, que para los doctores de la Iglesia existe la posibilidad de la aniquilación sobre todo a partir del pecado del hombre; siguiendo en esto textos muy importantes de la *Summa Theologica* de Santo Tomás, Pieper asegura (p. 77-78) que un tal retorno a la nada no implica un acto positivo sino simplemente la cesación del acto creador. Por eso,

en su centro más interior, nuestro ser confina con la nada de la cual no se halla separado por ninguna distancia. Empero, este concepto de fin absoluto no puede existir más que en un pensamiento sin relación con lo real, pues Dios no ha creado las cosas para su disolución en la nada sino para que fueran; la potencia al no-ser no pertenece por tanto a la creatura aunque tiende a la nada de la cual fué creada. Pero aquello se produjo por medio de un agente y la creatura en cuanto proveniente de la nada es impotente hasta el punto de no poder destruirse a sí misma; entonces, como dice Pieper, "el hombre en el conocimiento y la aceptación de su propio estado de creatura que no le permite ni poner el ser ni suprimirlo- deberá prepararse a un "fin de los tiempos" de naturaleza diferente, a un fin al que no está condenado sino llamado a vivir" (p. 81-82). No hay pues fin absoluto.

¿Cómo representarse entonces el fin de los tiempos? Esto nos obliga a hablar de un fin situado más allá del tiempo y de la historia. Esta realidad temporal circundante se encuentra en un arelación con una realidad intemporal, íntimamente interpenetradas; hay pues una *transposición* en la cual, según Pieper (p. 86-87), el ser temporal del mundo histórico será llevado a una participación inmediata con el ser intemporal del Creador puesto que, de acuerdo a lo dicho sobre la creatura surgida de la nada, esta "transposición" no puede provenir de una potencia temporal histórica; se trata pues de una intervención directa del Creador. Luego de un penetrante parágrafo sobre lo que tenemos apuntado, Pieper analiza lo que él llama "el mundo contemporáneo frente al porvenir" y bajo su pluma pasan, además de algunas consideraciones sobre historia, las obras de Dawson, Donoso Cortés, Burckhardt, Newman, Soloviev, Haecker, Weber, Dessauer, para concluir sosteniendo que frente a la profecía del fin de la historia no cabe adoptar una actitud de desesperación. Por el contrario, se impone una "esperanza que vuelva capaz, que dé la voluntad de obrar aquí y ahora en el interior de la historia y de ver en la catástrofe misma una posibilidad de acción en la historia y de acción que tenga un sentido" (p. 98). Analiza después los caracteres fundamentales de la fe en el progreso y, entre los autores que tiene en cuenta, se destaca su especial referencia a Kant y aún a las declaraciones fundamentales sobre la paz de la Carta del Atlántico. En realidad, "todas estas opiniones tienen una base común: la desagregación de la imagen cristiana de la historia; el elemento del fin catastrófico de la historia es eliminado, mientras que la representación de la "ciudad de Dios", que es exterior al tiempo, se encuentra desplazada y transformada en la imagen de un estado social ideal, realizable en el interior del tiempo por medio del progreso cultural, político, económico. Esta amputación de lo real, esta simplificación abusiva, —de la cual el curso de la historia se encarga de develar más y más crudamente la falsedad, que volvería mucho menos "comprensible" teóricamente y sobre todo más complicada, en el dominio de las "realizaciones políticas", esta vía hacia una "tierra nueva" exterior al tiempo, posterior a la historia, esta vía que debe atravesar un fin catastrófico y una transposición cumplida por Dios— esta simplificación no puede más que provocar como su réplica un pesimismo, que habiendo perdido toda ilusión frente a la historia real, se atiene a un fin catastrófico. Pero que —lo que no es menos opuesto a la concepción tradicional de la historia, y que igualmente lo es aún más— es considerado como el fin definitivo, como una catástrofe después de la cual no se percibe más la promesa de una salvación, que no deja aparecer la imagen de la "ciudad de Dios", como una catástrofe que, si fuera posible, tendría el carácter de una aniquilación" (p. 114-115).

En los tiempos modernos, la imagen del Anticristo ha corrido la misma suerte que la representación del fin de los tiempos. Para un Döllinger la última persecución a la Iglesia se hacía cosa "impensable"; no así para los hombres contemporáneos a nosotros. Pieper presenta en forma ágil y viva la doctrina más o menos conocida sobre el hombre de iniquidad, haciendo notar acertadamente que, para una recta comprensión del problema del Anticristo, es condición prerequisite "una exacta comprensión de todos los temas fundamentales de la teología" (p. 152). Además, si pensamos al Anticristo estrechamente unido y relacionado con el demonio, podemos afirmar desde ya que el Anticristo está vencido, puesto que el pecado original ha sido vencido por el Verbo encarnado y con esta victoria ha sido también vencido el Anticristo. Pero el tema verdadero, el tema que más nos interesa, es la lucha alrededor de Cristo (p. 158). El autor hace cuestión de la Iglesia Mártir y por eso mismo debe afirmar que el Anticristo (con lo que estamos plenamente de acuerdo) pertenece al dominio político, en el cual las potencias seculares son sus instrumentos. Así pues puede preverse el dominio de una potencia enorme, como lo había previsto Donoso Cortés, citado por Pieper dos veces en su obra; de tal modo que al fin existirá un pseudo-orden mantenido por el ejercicio del poder. El establecimiento de un Estado universal, a pesar de su orden aparente, será un edificio de desorden; y téngase en cuenta que "una dominación verdaderamente universal ha llegado a ser posible, el Anticristo es una posibilidad de hecho" (p. 161) de la que se sigue un corolario: la necesidad de la evangelización de todo el mundo, aunque por esto sólo entiende Pieper la posibilidad que todos tendrán de conocer a Cristo. Fácil es ver que Pieper nos lleva a identificar en el Estado del Anticristo al Estado *totalitario* en sentido extremo y último (p. 163), concebido en función de *soberbia* y el apetito de poder del Anticristo. Nosotros creemos que en este tema Pieper dice la verdad, porque el Estado totalitario cierra toda posible salida a un allende el Estado mismo y se clausura en la suprema soberbia del amor de sí. Entonces la situación religiosa se presenta con caracteres nuevos: no hay ya más *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado sino lucha, la Iglesia pierde toda posibilidad de informar a partir de lo sagrado el dominio de la vida pública (p. 166), y frente a este poder autoelevado al infinito sólo le queda el papel de Iglesia Mártir. La figura del Anticristo desfila después en las últimas páginas de la obra de Pieper siguiendo, creemos que sin pretensiones, las grandes líneas de la exégesis católica; por eso no se encuentra en ellas mucho de novedoso ni creemos que se pueda pretender encontrarlo en este tema. De la visión de la Bestia del mar (Apoc. 13,1 ss) extrae conclusiones interesantes: en efecto, al hombre moderno y aún ante, al hombre "humanista", estas monstruosidades les son inconcebibles, pero al hombre de hoy lo inhumano y lo monstruoso se presenta como perfectamente concebible. Pieper ve en la segunda Bestia (Apoc. 13,11) una ordenación respecto de la primera por la vía de la propaganda; quizá esta interpretación sea exacta, pero parece que el autor se quedara un poco corto: la segunda Bestia es pues mucho más de lo que parece decir Pieper, para lo cual remitimos al lector a todos los Padres que la concibieron como el pseudo profeta que a nosotros nos agrada determinar llamándole el pseudo Juan Bautista, y de cuyo significado fundamental se hiciera cargo Soloviev al asignarle una existencia personal y funciones de un pseudo profeta que da testimonio del hombre de iniquidad. Agreguemos que da testimonio de él como el Bautista lo dió del Mesías. Aquí cabe hacer notar el papel escatológico de los judíos (p. 171), que ahora son llevados de una manera más evidente que nunca ante el

problema de una conversión a Cristo que desde el punto de vista terrestre nada puede representarles. El autor nos habla del Estado de Israel y de la reapertura de la causa contra Jesús, y de la final conversión de los judíos; aprovecha las grandes intuiciones de Soloviev sobre el Anticristo y la universal adoración de este personaje de las postrimerías. La obra concluye hablándonos de la persecución final que será persecución de los secularmente fuertes contra los imponentes (p. 178).

Pero la visión del fin no es ni puede ser pura desesperación. El cristiano ejercita aquí la virtud de la esperanza sobrenatural; y se deberá tener en cuenta que este mundo creado está él mismo incluido explícitamente en la esperanza sobrenatural (p. 183). Por eso, el mártir cristiano no menosprecia la realidad natural del mundo, sino que la encuentra buena, en tanto que el Anticristo es enemigo de la creación; de ahí que "contra esta exigencia totalitaria, la *ecclesia martyrum* no defiende solamente lo "sagrado" y lo "sobrenatural", sino, también, los "bienes naturales", fundados en la naturaleza creada del hombre, por ejemplo su dignidad y su libertad de persona" (p. 184). Entonces la actitud del cristiano ante la historia no se determina tanto por la visión inmediata del fin, sino *por su obrar interior a la historia*, no siendo sordos a lo que dice la profecía sobre el fin de los tiempos, pero sin descuidar su labor en lo concreto. Es, pues, deber estricto del cristiano, estar presto para el martirio de las postrimerías.



MACDONALD

MARTILLERO DE CONFIANZA

REMATES — PROPIEDADES — LOTEOS — PERITAJES —

HIPOTECAS — TRANSACCIONES INMOBILIARIAS.

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

Escritorios: Esquiú N° 467.



CATAMARCA

La Educación Como Problema de Comunicación

MICHELE F. SCIACCA

"Arbol" se honra publicando el presente y profundo ensayo del eminente filósofo italiano Michele Federico Sciacca, profesor de la Universidad de Génova, en una autorizada traducción especial para esta revista, de nuestro colaborador, y docente de la Universidad de Tucumán, profesor Manuel Gonzalo Casas.

Educación es comunicarse consigo mismo (autoeducación), y con los otros, (educación propia y verdadera).

Los medios de comunicación de los cuales dispone el hombre son muchos y varios: el gesto, el movimiento de la mirada o de un músculo, el dibujo, la ilustración y —como el más completo de todos— la palabra. Cualquiera de estos medios expresa alguna realidad, o concurre a expresarla en solidaridad con los otros, y cuando todos convergen en la armonía de una expresión integral, alcanza el máximo de eficacia y genera la persuasión en el que enseña y en el que escucha.

Consideramos aquí, por razones de brevedad, sólo el medio educativo *palabra*.

Ante todo hay que decir que hay verdadera comunicación en el orden natural, sólo entre personas. No digo entre hombres porque, si es cierto que todas las personas son hombres, también es cierto que no todos los hombres son personas (por lo menos en igual grado), aunque todos puedan llegar a serlo. Todo hombre, para ser verdaderamente hombre, según el específico orden humano, debe hacerse persona. Es decir, no ser sólo un ente, una función, un número, un signo, o una cosa. En el mundo, especialmente hoy, viven muchos

hombres que sólo son cosas o funciones y que, como cosas, forman una masa impersonal y, como funciones, una parte anónima e instrumental del organismo societario y estatal, ambos anónimos a su vez. Y es evidente que tales hombres no pueden educar, porque ni aún pueden tener capacidad de comunicación. Se han negado (y se han visto obligados a negarse), como personas. Pues educar es, para nosotros, realizar una comunicación, a cuyo través el educador y el educando se actúan a sí mismos como personas humanas. La instrucción, el saber o la cultura, son verdaderamente educativas cuando concurren con eficacia a la realización de tal fin; en caso contrario, quedan como erudición estéril, verbalismo inerte y vano, cuando no degeneran en cerebralismo de carácter inmoral.

Es evidente que el educador, para ser tal, ya debe haber alcanzado, para sí, un cierto grado de educación, pues nadie puede educar si no posee la educación, aunque sea cierto que, precisamente educando, cada educador se educa siempre más a sí mismo. Nuestra educación dura toda nuestra vida, porque toda nuestra vida no basta para hacernos personas; es decir, para realizar todo nuestro inmenso potencial humano en la unidad integral de la persona. De lo cual se sigue que el educador ya debe ser persona en un cierto grado; esto es, que ya debe haber actuado en parte, para sí mismo, aquello que se propone ayudar a realizar, por medio de la educación, en quien educa, en el educando. En tal sentido el educador es

maestro, pues representa para el alumno un nivel de humanidad o de personalidad que él, esforzándose por hacerse persona, (el educador puede ayudarlo a serlo, pero cada uno se hace persona por sí mismo), se propone alcanzar.

De allí se sigue que, para ser persona, el educador debe haber realizado un grado conspicuo de aquel proceso formativo, por cuyo intermedio los elementos de su humanidad y los del saber y la cultura se reencuentran transformados y solidarios en la nueva realidad espiritual que es, precisamente, la persona, en la cual el hombre actúa, íntegramente, toda la humanidad que compete a su orden humano.

Esto significa que el educador ha conseguido comunicarse consigo mismo y con los otros, estableciendo una relación intencional con su propio ser y con el ser de los demás; es decir, ha conseguido conquistar su interioridad profunda, que es su humanidad esencial. Sólo cuando el educador ha conquistado esa comunicación propia, puede transformarse en un espíritu comunicante y establecer una línea de comunicación espiritual con el educando. En una palabra, sólo cuando es persona o libertad puede contribuir eficazmente a formar otra persona y otra libertad, porque el acto educativo, como todo acto del espíritu, es creador de personalidad y de libertad. En síntesis, sólo cuando es hombre en el sentido integral y total de la palabra, puede formar otros hombres. La decadencia de la escuela es siempre indicio de una carencia de hombres: hay que tener en cuenta que detrás del profesor no hay siempre un hombre; que el hombre se ha preocupado de aprender muchas *noticias*, pero no se ha planteado la cuestión de ser sí mismo, de hacerse persona, conciencia libre, espíritu en acto. En estos casos la reforma de los programas de enseñanza no reforma nada: se hace necesaria una reforma profunda de la con-

cepción y del sentido de la vida.

Si educar es comunicar, queda por precisar ahora, qué cosa y en qué cosa, dos o más personas se comunican.

Tomemos el término conciencia en su significado etimológico y auténtico: *cum scire*, conocer con, en conjunto. El acto educativo es un acto de conciencia; esto es, el acto en el cual dos o más personas "conocen juntas" y, ¿por qué conocen juntas, se comunican? ¿Que cosa conocen juntas? Es evidente que aquí está todo el sentido y la realidad misma del acto educativo; si nada existiera por conocer, o si aún conocido no se pudiera comunicar, el acto educativo sería imposible y cada hombre permanecería clausurado en sí mismo como una mónada leibniziana, vaciada de contenidos, además. Las célebres palabras de Gorgias, el gran sofista de la antigüedad, señalan la muerte de la educación porque señalan la muerte del hombre. Y sin embargo, quizá nunca como hoy, en esta época de grandes y pequeños sofistas, han tenido tanta ruinoso y dolorosa actualidad. El hombre contemporáneo ya no se comunica, se ha extinguido en un monólogo absurdo, porque una vez que ha dicho no al "no-se-qué" en el cual puede comunicarse con el otro, no puede *cum scire*, conocer con. El hombre contemporáneo está ausente de su propia interioridad y por eso vive (o cree vivir) dispersándose en la superficie de su humanidad exterior, o abismándose en el fondo oscuro y turbio del subsuelo en que se encuentra su humanidad inferior; en uno y otro caso permanece siempre *aguende* de su verdadera profundidad humana.

Ahora, volvamos atrás: ¿en qué cosa nos comunicamos? No hay más que una respuesta: en la verdad, de cada uno de nosotros, como aquello que es más interior que nuestra interioridad misma, y de todos; que es la interioridad luminosa de toda criatura humana.

la cueva

su centro musical

- ★ combinados
- ★ radios
- ★ lavarropas
- ★ bicicletas
- ★ artefactos

S
O
S
I
P

rivadavia 839

catamarca

En el error no hay comunicación; el error divide, la verdad unifica: el error mata el pensamiento; la verdad lo alimenta y lo vivifica; el error es el obturador de la conciencia, la verdad es su apertura. El error destruye la persona en el hombre, porque niega la libertad: la libertad del o en el error no tiene sentido, sólo tiene sentido la libertad de y en la verdad. Hoy los hombres carecen de verdad y por eso no aciertan a ser personas; por eso no hay educadores ni maestros en las escuelas.

La "contradicción" es lo opuesto a la conciencia: *contra dicere* es antitético de *cum scire*. En el *cum scire* se conoce con, en el *contra dicere*, se dice o se conoce cosa contraria a la conocida o dicha por el otro. Hasta que no hay acuerdo no es posible la comunicación y lograr el acuerdo significa salir de la contradicción para conocer con; es decir, para con-venir en la verdad. La contradicción es error por sí misma y el contradecir significa que uno de los dos dialogantes dice algo en contra de la verdad, algo erróneo. Por eso la contradicción, como tal, es incomunicabilidad. De dos interlocutores, si aquel que está en la verdad consigue liberar al otro del error que le opone contradiciéndole, se convierte en educador, pues logra realizar la comunicación, es decir la conciencia, el *cum scire*. Sólo si son expresiones auténticas de verdad las palabras alcanzan a suscitar la verdad, a penetrar en los espíritus hasta la última profundidad de la esencia humana; sólo entonces la palabra manifiesta toda la potencia creadora de la persona humana en el hombre biológico: eleva la vitalidad que, a su turno, recuperada en la verdad, vitaliza al espíritu. Dos hombres que hablan y se entienden, en ese instante testimonian que en ellos está presente la verdad. En todo diálogo humano hay un personaje invisible que lo posibilita: la ver-

(Sigue en la Pág. 38)

El Primer Desacato en Catamarca

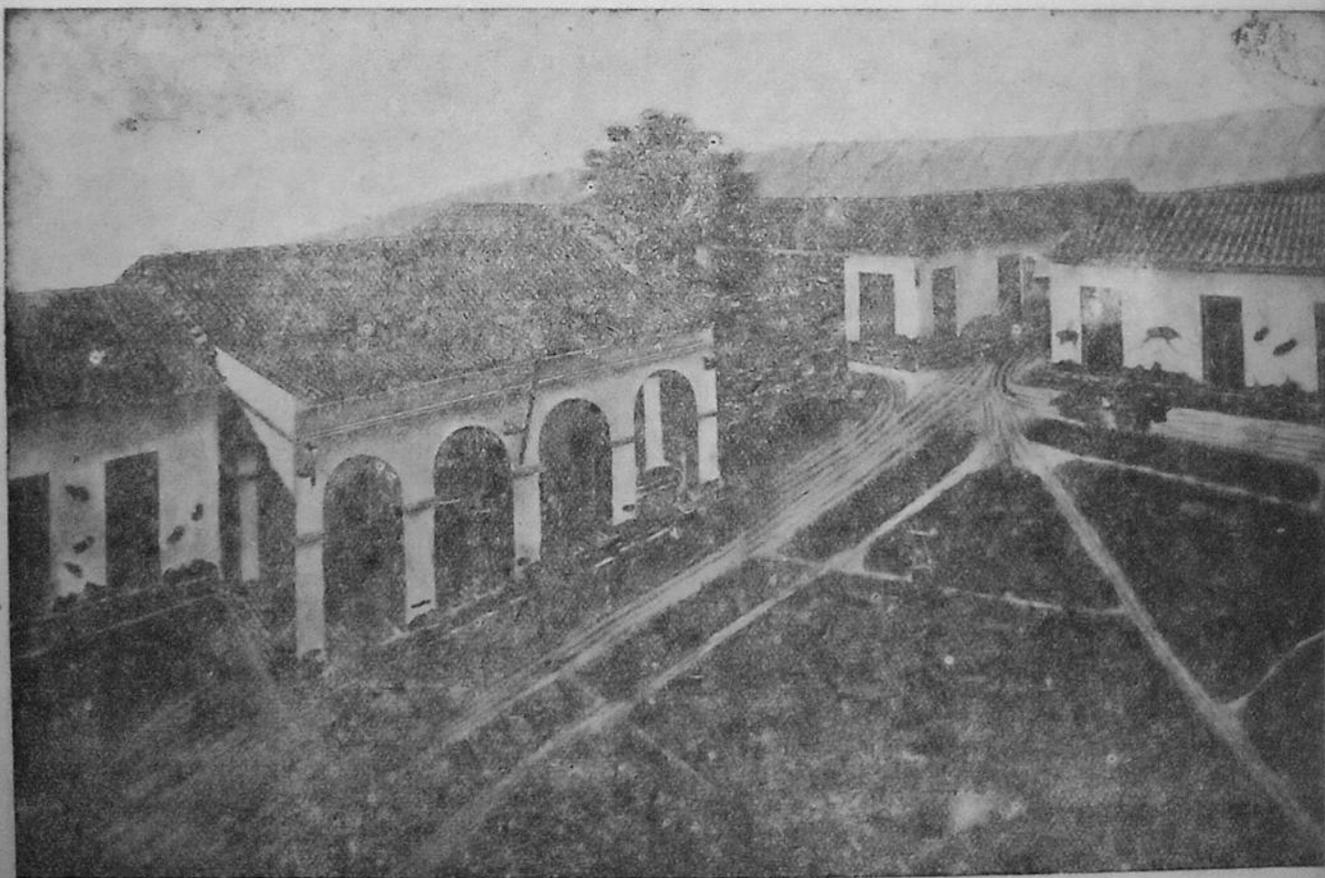
JOSE V. FIGUEROA

(SESION DEL CABILDO 17 DE
OCTUBRE DE 1810)

La revolución de Mayo se conoció en Catamarca el 22 de Junio de 1810, con ocasión de haber recibido el Cabildo de la Ciudad, por el correo ordinario, un oficio de la excelentísima Junta Provisional Gubernativa, fechado en mayo 27, por el cual ordenaba "se reunieran en Congreso la parte principal y más sana del vecindario", a objeto de elegir un representante que llevara la opinión de la provincia sobre la forma de Gobierno a establecerse. Conocido el ob-

jetivo por el Ayuntamiento, se repartieron esquelas y se previno al intendente Gobernador sobre la necesidad de que el elegido "marchara expensado y rentado, siendo como es este vecindario de escasas facultades y el ramo de propios de tan cortos fondos, que no alcanzaban a cubrir las cargas de sus erogaciones".

La vida comunal siguió, sin embargo, el mismo ritmo de su actuación pasada, cosa bien explicable desde que todo se hacia para la "íntegra conservación de estos americanos dominios de nuestro suspirado monarca el señor Don Fernan-



EL ANTIGUO CABILDO DE CATAMARCA, reconstrucción a lápiz realizada por don Angel Gutiérrez. El Cabildo estaba ubicado donde hoy se encuentra la Despensa "La Favorita".

do VII y sus legítimos sucesores".
Los nombramientos de funcionarios, las remociones y todo el movimiento administrativo no sufrió alteración alguna, y con mayor razón cuando las órdenes del Gobierno revolucionario eran recibidas y cumplidas mansamente por los cabildantes.

El 22 de Septiembre de 1810, estando de acuerdo los señores alcaldes ordinarios y los señores regidores, se trajo a la vista un pliego que entregó don Antonio Omil dos días antes, y se encontró que era de la Junta Provisional Gubernativa de Buenos Aires, y por el cual resulta haberse nombrado comandante de armas para Catamarca a don Feliciano de la Mota Botello (1).

Al propio tiempo, don Gregorio de Segura y Tolosa alcalde de primer voto, notifica al cuerpo del fallecimiento de don Juan Ignacio Robín, alcalde partidario de Ancasti, y de la necesidad de reemplazar al síndico procurador de la Ciudad, don José Antonio Olmos de

Aguilera, enviado a Buenos Aires, como diputado al "Congreso General" (2). Con este motivo se nombra alcalde de Ancasti en carácter de interino, a don José Manuel Figueroa (3). El mismo día que este hizo publicar en el curato de Ancasti su nombramiento, el Capitán de Milicias don Felipe Santiago Espinoza (4), hombre de gran predicamento en el vecindario y cuyos antecedentes le habían dado la ponderación prestigiosa de valiente, además de ser persona altamente considerada en la Intendencia de Salta, al toque de caja y con la pujanza propia de hombre de espada, ordena con amenazante gesto que no se le obedezca, ni se le reconozca como tal Juez. El Juez partidario, de esta manera agraviado, manda un oficio al Cabildo de Catamarca, exponiendo los distintos actos lesivos de su alta autoridad, que así resultaba menospreciada en forma inusitada por el nombrado Capitán. La sala capitular es teatro entonces de una de las más agitadas sesiones de sus cabildantes, que debían castigar tanta afrenta a la majestad de sus mandatos tan profundamente respetada en sus ciento veintisiete años de existencia.

El Cabildo se reúne entonces en ese día 17 de Octubre de 1810, con los regidores don Domingo López de Barreda, Félix de Castro, Juan Manuel de Soria y Joaquín Bustamante, ante el escribano público y de Cabildo don Vistoriano Ferreyra, Todos fueron de sentir "que hecho tan execrable y notorio en menosprecio de la autoridad que representa el cuerpo, exigía que se comisione en bastante forma al alcalde de segundo voto, para que en uso de las leyes del reino, pase al paraíso de Ancasti, con la suficiente custodia que necesita de soldados, dados por el comandante de armas, a quien se pasará oficio; arrestando la persona de dicho capitán, seguirá el correspondien-

CASA FRID - S.R.L.

CAP. \$ 900.000.

MUEBLES DE CALIDAD
COCINAS Y CALEFONES

"CATITA"

HELADERAS Y ENSERES ELECTRICOS

"General Electric"

Rivadavia 757 ★ Teléfono 160

CATAMARCA

te sumario y resultando ser cierto los desacatos "tumultuantes", embargará sus bienes y sustanciará la causa con arreglo a su naturaleza y los demás que resulten cómplices. Esto dijeron, acordaron y firmaron dichos señores vocales de este ilustre Cabildo". . .

Las providencias oportunas del Cabildo no pudieron ser cumplidas debidamente, a lo menos así resulta, desde que días después, el 10 de noviembre, los cabildantes rectifican el nombramiento dado a Figueroa, que "caminaba" ya en esos días comandando la expedición de gente serrana que se dirigía a reforzar la división enviada al interior del país al mando del Coronel don Francisco Ortiz Ocampo.

La Justicia humana no siempre llega a tiempo para reconocer servicios o atajar la fuerza de la maledicencia. El señor Figueroa, con un destino tan altamente patriótico, sufría al mismo tiempo la desconsideración del gobierno revolucionario, a quién iba a servir como auténtico argentino; pues el gobernador Intendente de Salta don Feliciano Antonio Chiclana que sustituyera a don Nicolás Severo Isasmendi, realista de "hacha y tiza", cometió la ligereza de despojar al señor Figueroa de la vara de alcalde de Ancasti, desconociendo posiblemente su carácter de patriota.

Un autorizado cronista catamarqueño (5) atribuye a la rebeldía del señor capitán Espinosa el alcance de haber gestado con su desobediencia la aparición de los caudillos prepotentes, que luego fueron el azote del país en la época de su reorganización. Sin embargo, hasta el año veinte, en que desaparecen los cabildos como gobierno civil de los pueblos, no es fácil encontrar el signo precursor.

En cambio lo vemos indudable en la lucha de hegemonías entre los dos grandes partidos de la época, Federal y Unitario, cuando la ley de supresión de

los cabildos (6) hace funcionar la policía militar de tipo francés, y los Jueces Letrados y de Paz responden a designaciones directas del Gobierno de Buenos Aires. Es entonces que los ejecutivos pueden fundir en sus solas manos, todos los poderes administrativos, judicial y legislativo, y la chusma halagada por los fáciles favores, pudieron vocear la algarabía triunfal del unicato de veinte años, con Rosas, Quiroga, López, Ramírez etc.

En la desintegración de las antiguas Intendencias de Buenos Aires, Córdoba y Salta, si bien no se opera bajo formas legales, lo pudo todo el espíritu regional, el clima del hogar propio, infundido por el Gobierno de los Cabildos. Santa Fe se separa de Buenos Aires en 1819; La Rioja en 1820, San Juan y San Luis y Santiago del Estero en el mismo año.

Catamarca sigue el ejemplo de sus hermanas el 25 de Agosto del año 21 y años después, Jujuy. De esta manera quedaron formadas las catorce provin-

UNA CUADRA MAS
MUCHOS PESOS MENOS

Tienda
DEL 20

RIVADAVIA Esq. ESQUIÚ

COMPRUEBE LAS
OFERTAS DEL DIA

con precios que sólo rigen por pocas horas debido a la gran demanda.

cias argentinas, que luego habrían de ser fácil pasto de la ambición y codicia de los caudillos surgidos de esa tremenda lucha entre federales y unitarios estimulados por los transitorios triunfos de sus Jefes militares.

1 — Libros capitulares de Catamarca año 1809 a 1814 T. V. pág. 73. El comandante de armas, que tenía el carácter de teniente gobernador, lo era hasta entonces don Francisco de Acuña al que, por ser español, también se le quitó la representación de primer diputado al Congreso General. La elección de diputado debía haberse en agosto de 1810.

2 — La citación fué para reunir en "Congreso General" la elección de diputado debía hacerse entre "los más idóneos, de honrosa conducta y buenos procederes para la conservación de estos americanos dominios de nuestro suspirado monarca, el señor Fernando VII"; lo cual no obstó para rechazar al señor Acuña y nombrar el 31 de agosto al señor Olmos de Aguilera.

3 — En Catamarca existen dos familias Figueroa sin vinculación sanguínea entre sí. La de Figueroa Cáceres, de que fué fundador don José Manuel, y la de Figueroa Bermúdez, a la que pertenece el autor de este trabajo.

4 — El capitán Espinosa fué casado con doña Mónica Ponce de León y sucesor como donatario de la Merced de Angelina, campo de veinticinco leguas situado en La Paz - Catamarca, otorgada por el Intendente gobernador de Salta don Andrés Meples en 1784.

5 — Libros capitulares de Catamarca T. V. "Fechas catamarqueñas" de M. Soria.

6 — Por una ley de Buenos Aires de 24 de Mayo de 1821 fueron suprimidos los cabildos, entregada la justicia ordinaria que ellos ejercían a jueces letrados de 1ª Instancia y a jueces de Paz; toda la política a su jefe y catorce comisarios con atribuciones indicadas por su gobernador, y elegido por él todo los subrogantes del cabildo antes elegidos por el pueblo. Esta Ley de Rivadavia ha sido el brazo derecho de Rosas. "Derecho público provincial Argentino" - página 80. edición de "Cultura Argentina - 1928.

PUBLICACIONES CATAMARQUEÑAS

De Federico E. Pais

- * Viaje a Laguna Blanca \$ 5
- * Algunos rasgos estilísticos de la lengua popular catamarqueña " 15

De Armando R. Bazán

- * Pedro Alejandro Zenteno " 5

Del P. Luis Novoa

- * En las Bodas de Oro de la Coronación de Ntra. Sra. del Valle " 5

De Ramón Rosa Olmos

- * Bibliografía Catamarqueña " 10
- * Los Comienzos de la Evangelización en Catamarca " 5
- * Orígenes de la Imprenta en Catamarca " 5
- * San Martín y Catamarca " 5

De Félix F. Avellaneda

- * Actuación de la Orden Franciscana en Catamarca " 30
- * Fray Mamerto Esquiú, Obispo de Córdoba " 30

Del P. Alberto Molas Terán

- * El P. Esquiú - Su Biografía y sus sermones patrióticos " 5

De C. Sánchez Oviedo

- * Los Derechos de Catamarca a la Puna de Atacama " 10
- * Nuestra Antigua Agricultura y sus plagas " 5
- * Los Fundadores de la ciudad de Londres de Catamarca " 5

EN VENTA:

DIARIO "LA UNION"

San Martín 669 - Tel. 307 - Catamarca

R. Zoraide Dulce

Martillero del Banco de la Nación
Contador Público

☆ ☆

Propiedades — Lotes — Fincas
Cultivadas — Bosques con Madera.
Peritajes — Tasaciones — Particiones Judiciales y Particulares.

☆ ☆

Escritorio: Salta 781 — T. E. 153

Elogio de la Plaza de Catamarca

JUAN TIVOLI

Es menester, dijo alguna vez el humilde autor de este artículo, que nos sustraigamos, de tiempo en tiempo, a los llamamientos de los deberes inmediatos, para dilatar el ser hacia perspectivas de espacio y de tiempo que nos hagan partícipes de la eternidad.

Posterior a ese pensamiento, el autor admite en el presente que el escenario ideal para ello, para ese ensimismamiento espiritual, es nuestra hermosa plaza de Catamarca, ámbito en que el corazón contemplativo dilátase en atmósfera inefable y se vincula a la magnificencia inagotable de Dios, en la presencia de un Templo magnífico y de la de una exuberancia arbórea que exalta la fecundidad de esta bendita tierra, al igual que el amor con que se cuida a estos silenciosos soldados de la Virgen del Valle, confidentes de los vientos amigos y de las estrellas que allá en el firmamento señalan ignotos derroteros.

Dos palmeras enhiestas hacen guardia de honor al frente de este Huerto de la Fe y del Consuelo, que lo mismo saluda al poderoso que el más humilde.

Colaboran a esta guardia de honor, coníferas hermosas ubicadas en travieso pero feliz desorden, lo mismo aquellas que están a sus flancos, que aquellas que comparten la vencidad de su elegante y exótica prosapia con alguna robusta "tipa" pero ciudadana proba de la dulce patria.

Por allí, un anciano "palo borracho", disimula su obesidad an-



PERSPECTIVA DE LA PLAZA desde la calle San Martín. Al fondo la Catedral Basílica de Ntra Señora. del Valle.



ANGULO NOROESTE DE LA PLAZA, con la Casa de Gobierno al fondo.

cestral compartiendo un ámbito dilecto de casuarinas y brachitos de elegante porte y follaje aliñado, que algo atenúa su revolucionaria ramazón horizontal y disculpa su vanidad de algodonero apócrifo.

Adultos laureles rojos ofrecen su permanente ofrenda al caminante incógnito y también los añosos rosales en la estación propicia: todo ello como un homenaje a la Deidad cautiva, protegida con el manto azul del cielo.

Esta linda plaza de Catamarca, tiene el sortilegio de invitar al ensueño, al ocio espiritual, que es tan fecundo como la acción, cuando ésta sólo responde a los llamamientos de una voluntad subordinada a fines utilitarios y egoístas.

No admite paralelo ni con la Plaza Independencia, de Tucumán, modelo de descuido como sus hermanas urbanas, con el digno adorno de la estatua de Lola Mora y sus naranjos, cuando se engalana de azahares que perfuman el ambiente de sus noches cálidas y exalta el romanticismo de la juventud que asiste a sus tradicionales "retretas" nocturnas; ni con la de Córdoba, con su estatua augusta de San Martín, su histórica Catedral al frente, que nadie mira, urgidos sus transeúntes por afanes vinculados al dinero o a la política; ni con la de Mendoza, que apenas es tránsito fugaz para sumergirse en los cafés donde, entre zumbido vibrante de moscardones, se realizan los más importantes negocios, pese a su privilegiada vecindad con la "Universidad" de "La Bola de Nieve", templo cordial donde se bebe el buen vino; ni con la de Santiago del Estero, con su estatua de Belgrano y sus senderos que solo por obligación transitan; ni con la de La Rioja, aun cuando la prestigia el milagroso San Nicolás; ni con la solitaria de Jujuy, sin la alegría de un solo bar en su contorno, con una iglesia de barrio y una casa de gobierno bonita; ni con la de Santa Fe, a pesar de sus magníficos ejemplares de araucaria gigantes, algunas sostenidas por puntales; ni con la de Villa María, sin historia, adornada con sus hermosas fuentes luminosas y amplios paseos, pero ausente de arbolado que la hace ciudadana de un barrio inglés.

Solamente dos plazas provincianas pueden citarse aquí, pero

apenas como "amigas y parientes": la de Paraná y la de Salta. La primera por su riqueza forestal -un pequeño rincón del jardín botánico hasta donde conducen los profesores de esa materia a sus alumnos para instruirlos en tan noble ciencia. Tiene también el picaresco privilegio de brindar a las novias dos encuentros con sus prometidos en su recorrido periférico, pues es costumbre que los caballeros lo hagan en sentido inverso que lo hacen las damas, mientras los curiosos deleitan su mirar desde los bancos que cubren todo su perímetro, sin importarles la presencia austera de San Pedro pétreo, frente a la Catedral...

La segunda, la de Salta, que honra la memoria de Arenales, es la pariente más próxima, y hasta casi hermana de la nuestra. Posee bosquecillos distribuidos graciosamente como al desgaire, de admirables especies arbóreas, con historia de luengos años que bien honra el patrimonio de buena ley de tan esclarecida estirpe criolla que Güemes simboliza en su impetuosa cabalgadura al pie del San Bernardo.

Amplias veredas la circundan, y todo a su alrededor es señorial y aliñado. Lo que no puede ostentar su hermana catamarqueña, lo ostenta ella con sus magníficos edificios que conservan la tradición de sus arcos cubiertos que hacen grato el pasear, lo mismo en los días rigurosos del estío que en los románticos días de lluvia, que inspiró a Verlaine su mejor poesía:

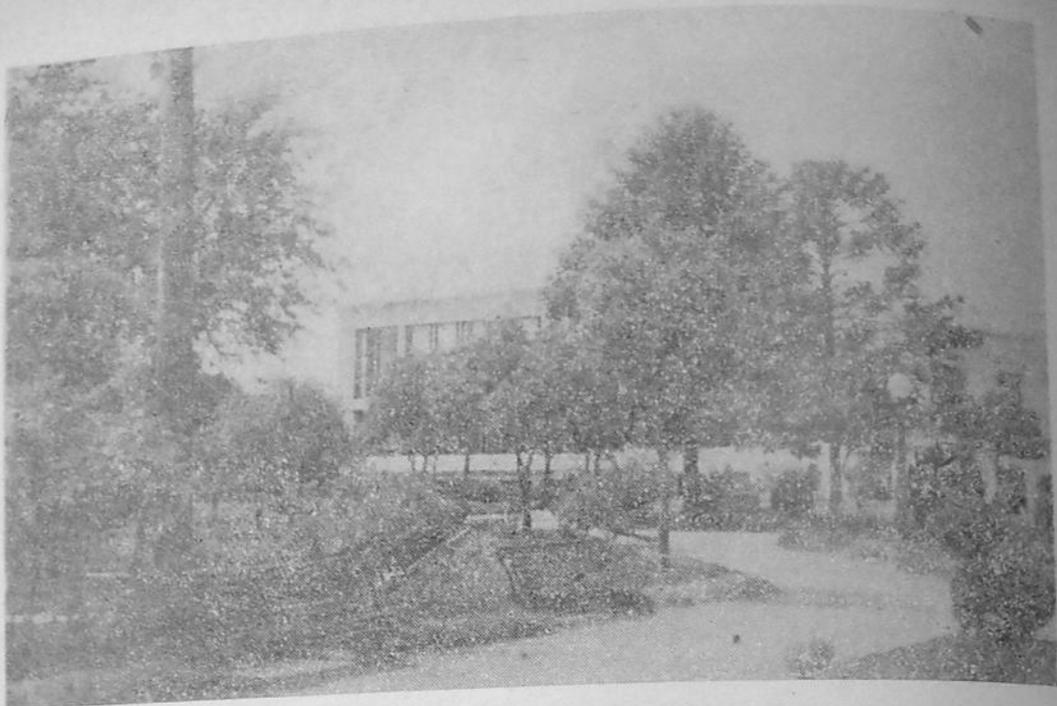
*"Il pleut sur la ville
como il pleut sur mon coeur"*

Bien está todo esto expresado siempre con justicia, pero es menester ahora volver a nuestra plaza, a esta Plaza de Catamarca, que se dijera tiene pulsaciones de corazón para nuestros recuerdos, para tanta madre que cruzó por ella para acudir a su amado templo de las seis columnas; para tanto estudiante que cruzó por ella, revoloteando su guardapolvo blanco, para acudir a la escuela de su cariño.

Todo en ella es grato, a los ojos y al corazón. Su accidente asimétrico ha inspirado al urbanista alegre combinación de escalina-



EL VEREDON OESTE DE LA PLAZA. Se divisa al fondo el moderno hotel Ancastí y la hermosa cúpula de San Francisco.



LA PLAZA VISTA HACIA EL SUR. Al fondo el Cine Teatro Catamarca.

tas y taludes de verde césped; caminejo aquí, caminejo allá, entre canteros prolijos o arbolados senil, invitan al sosegado andar en soledad dichosa.

Algunos bancos, en grata y hospitalaria penumbra, ofrecen maternal asilo al caminante entristecido; y también a aquel otro que acude con el libro amigo; y también al niño que aguarda el regreso de su madre; y también al anciano que se detiene, acaso hechizado por una música de pájaros o por el encanto de una flor que le recuerda su ausente primavera que no volverá.

Más de un hogar honorable nuestro tuvo origen en la linda plaza, allá cuando en un luminoso otoño, la bella niña luego de asistir a la clásica misa dominical, tuvo gozoso encuentro con el amigo que apresuró el ritmo de su corazón al mirarle dulcemente en los ojos, pero ahora con una expresión que antes no había comprendido. Y ese mismo otoño, sonoro de hojarasca mustia, pudo ser confidente de este ingenuo amor naciente, y la bella niña sintió regalar su oído, cuando el enamorado fiel le dijo con aquello del "lenguaje eterno que hacen bajar tímidamente los embriagados ojos", estos versos de Lugones:

*"Cada día que pasa mi corazón está más cierto
De ser más tuyo y de saber que lo amas,
Como hay más cielo entre las ramas
Cuando empieza a deshojar el huerto"...*

Pasaron muchos otoños, y la bella niña de ayer, madre amantísima hoy, pasea con ufanía sus hermosos niños por aquel lugar de romance donde escuchó por vez primera el cuarteto lugoniano:

"Cada día...

Y que así concluya este sencillo homenaje a la plaza amiga.

CATAMARCA, diciembre de 1955.

El Pesebre Navideño en La Rioja

ARMANDO RAUL BAZAN

Viene al caso recordar aquí las palabras del poeta: "Cada comarca en la tierra tiene un rasgo prominente"... La Rioja, provincia nuestra, mientras parece dormitar a la sombra de grandes hazañas pretéritas, mantiene incólume definidos valores humanos esenciales, que a la postre y por encima de factores circunstanciales que demoran su progreso, le permitirán conquistar algún día su definitiva victoria.

El riojano es conciente de la humildad de su tierra, pero tiene fe en ella; alimenta una altivez nunca desmentida en su condición de tal, y no se deja encandilar por aquellos pretendidos valores que suenan a hueco, a bambolla, a oropel. Tiene una fina intuición de lo fundamental, y así en un gesto muy suyo, que pudiera parecernos desborde de localismo, se le oye replicar al forastero que quiere impresionarlo con referencias a lo que se hace, se piensa o se dice en otras comarcas: "Sí, pero en la Rioja podemos hacer tal cosa..."

Posiblemente nada ilustrará mejor nuestras palabras, que traer a colación una anécdota de Joaquín V. González, el señor de Samay-Huasi. Joven diputado por su provincia, había cruzado lanzas con los más brillantes parlamentarios argentinos de comienzo de siglo, llamando la atención de todos por su talento y por su incomparable erudición. El Presidente de la Nación, General Julio A. Roca, apremiado por una oposición que no le daba tregua y en la que descollaba la figura de Carlos Pellegrini, juzgó oportuno llevar al Ministerio del Interior un hombre que

contrabalanceara esa política y requirió para ello la colaboración de González. "¿Está Ud. dispuesto a ser mi Ministro del Interior y frenar a Pellegrini?", le preguntó Roca. El autor de "Mis Montañas meditó un momento y contestó: "El Dr. Pellegrini tiene amigos más influyentes que yo, posee un apellido y una fortuna de los que carezco..." "Y entonces, ¿que?, le interrumpió Roca, nerviosamente. "...pero yo se más que el Dr. Pellegrini" -concluyó González con sencillez sin jactancia.

Uno de los rasgos peculiares del espíritu riojano, es un arraigado y profundo sentimiento tradicionalista. Difícilmente haya otra provincia argentina en donde se conserven tan genuinamente usos, costumbres y tradiciones de añejo sabor, que entroncan con la mejor herencia hispánica y también —porqué no decirlo— con el legado cultural indígena. El riojano se aferra a ese patrimonio como si allí residieran su razón de ser, los factores que le permitirán mantener incanjeable su propia personalidad. Tentados estamos de decir que el tradicionalismo constituye una de las constantes anímicas de la riojanidad. No es por mera casualidad que José M. Paredes, uno de los poetas más representativos de la nueva generación, nos dice en su "Canto a la Rioja"

*raíces vigorosas te ligan a un pasado de espinas y de rosas/
de llanto, de amargura, de triunfos y de gloria/, del cual por cien mil siglos se guardará memoria/
Verdad que savia nueva por tus en-*

*trañas corre/, pero capaz no hay
nada que el viejo cuño borre"*

Ya tendremos oportunidad de ensayar una definición más amplia del universo espiritual del hombre riojano. Por ahora, conformémonos con señalar ese profundo tradicionalismo, que explica por ejemplo, la supervivencia de costumbres como la de "vestir el pesebre", cuando la Navidad llega para sus gentes cristianas y sencillas con su aliento de fe y de sana alegría. Pero, —se nos dirá— en todas partes se mantiene esa costumbre. Sí, en esta o en aquella provincia, el pesebre navideño continúa siendo motivo de atracción en los templos o simbólico motivo de reunión hogareña para las pocas familias que aún no han sustituido al Nacimiento por el también clásico pero exótico Arbol de Navidad.

No ocurre lo mismo en La Rioja. Allí la palabra Navidad está llena de pro-

PRODUCTOS CATAMARQUEÑOS

"El Buen Gusto"

Dulce de limas en almíbar — Arro-
pes de tunas y chañar — Dulce
de membrillo — Alfajores de turrón
criollo — Nueces confitadas —
Pasas de hijos

Remitimos Encomiendas

☆☆☆

República 532 — T. 309

fundas resonancias para el espíritu de su gente. Navidad es sinónimo de "pesebre" y esta palabra, por su parte, tiene implicancias de contenido social y folklórico que confieren a esa fiesta cristiana un acento singularísimo. Quienes han vivido el clima de la Navidad riojana, quienes han conversado con su pueblo y leído sus autores, saben bien lo que el "pesebre navideño" significa para el riojano. No solamente un motivo de piadosa ornamentación para los templos, o de unión de las familias. Mucho más que eso. El pesebre es el punto de convergencia, el motivo de natural expansión del pueblo en una fiesta de tan hondo significado como la Navidad.

Para muchos hogares, de tan diversa condición social como posibilidades económicas, "vestir el pesebre" constituye una tradición que debe respetarse celosamente cada año. En todos los barrios de la Ciudad: Vargas, Pango, Cochangasta, el Tiro Federal, ya el vecindario conoce de antemano cuáles son las familias que, al "vestir el pesebre", ofrecerán con ello sus techos possibilitando así el tradicional peregrinaje navideño. Para el hombre del pueblo, principalmente, esa visita constituye una obligación ineludible, porque ella se considera consustancial con la Navidad.

Con ramas, arpillera, arena y pintura, amén de un poco de paja, los vecinos que acometen esa tarea y también esa responsabilidad, reconstruyen la escena del Nacimiento, usando para ello de un poco de ingenio y de otro poco de imaginación. Belén, se transformará así, por esta suerte de alquimia hogareña, en una plácida y familiar serranía riojana. Hombre de montaña, por excelencia, el riojano tiene casi al alcance de su mano los modelos que puede imitar si su imaginación le falla. Se remedan, de ese modo, abruptas quebradas y empinados picachos, en donde pacen ágiles cabras y ovejas de papel. El motivo central del

pesebre, como cabe suponerlo, es el Niño Jesús depositado sobre un blando lecho de pajas. A su lado, la Virgen María y San José, lo contemplan en actitud mezcla de arrobamiento y recogimiento. No pueden faltar, por cierto, en la gruta natal, el asno y la vaca, que según las referencias evangélicas, asistieron al Divino alumbramiento. Más aquí, camino hacia la gruta, vemos a los pastores con sus rebaños, guiados para rendir culto al Hijo de Dios por la estrella que brilla allá en lo alto.

No falta en esta piadosa escenografía, dando un tono agreste e idílico al conjunto, una fuente simulada mediante un espejo, o quizás en un alarde de técnica, las aguas remansadas de un pequeño curso de agua endilgado mediante un improvisado canal. Aquí y allá, vemos la nota de verdor en platos de trigo verdeado, en macetas con plantas de flores y finalmente, acentuando la policromía del conjunto, juguetes y pequeños cestos con frutas: rubios uñigales y prietos racimos de uva, que vienen a constituirse en eglogicos presentes al Niño que acaba de nacer.

Ya la Nochebuena ha llegado en el tañido lejano de las doce campanadas. La sala donde se ha montado el pesebre, contigua a la calle, se encuentra atestada de vecinos amigos de los dueños de casa o simples conocidos que han venido a rendir su sencillo homenaje al Niño, y de paso, a hacer un poco de sociabilidad. Si la casa es de familia pudiente, el pesebre se exhibirá con profusa iluminación de lamparillas multicolores; en otros casos, sólo un farol y unas velas estratégicamente distribuidas iluminarán la escena. Mientras los dueños de casa complimentan a las visitas, y éstas elogian su pesebre y el buen gusto de que han hecho gala, en la calle próxima se oye el ru-

mor de cantos y de risas. Una suave musiquilla de armónica, llega indecisa al oído de los contertulios. Es una "palcota" o barra de changos que viene a decir su homenaje al Niño, en las notas frescas del "Pastorcillo". Son coplas sencillas, que todos conocen de memoria, a fuerza de repetir las de año en año.

Los muchachos penetran en la sala ante la mirada curiosa de los asistentes a la reunión. Aquellos que encuentren amigos o conocidos, cambiarán unos breves saludos y luego de pedir permiso a la dueña de casa, se amontonarán junto al pesebre para iniciar su canto. La armónica de boca, manejada diestramente por uno o más ejecutantes preludirá entonces los compases del "Pastorcillo". Todos los presentes escuchan en religioso recogimiento.

Luego, las voces rasgarán el silencio de la noche. Es un coro improvisado,

KRIPPER Hnos.

S R L

CAPITAL \$ 1.000.000

REPUESTOS — ACCESORIOS
GENERALES

AUTOMOVILES — CAMIONES
SERVICIO

CONCESIONARIO GENERAL MOTORS
ARGENTINA S. A.

HELADERAS FAMILIARES Y
COMERCIALES

G. M. Y ARGEMO

TRACTORES

IMPLEMENTOS AGRICOLAS

Dirección Telefónica "Kripper"

SARMIENTO 97185 Tel. 227
CATAMARCA

de voces ásperas o desafinadas. No importa, a todos infunde en tal circunstancia un entusiasmo y un fervor que disimula cualquier defecto. Oímos cantar al coro:

*"Venid Pastorcillo,
venid a adorar
al Rey de los Cielos
que ha nacido ya"*

Es frecuente que de inmediato la "pacota" se dé a conocer, nombrando en la copla el barrio de su procedencia:

*"Aquí está la barra,
la barra del Canal,
que todos los años
te viene a cantar"*

foto

MANDATORI

RETRATOS DE CALIDAD

SERVICIO A DOMICILIO

SARMIENTO Y CHACABUCO

Teléfono 521

CATAMARCA

Siguen, después, las demás coplas que uno del grupo va anticipando a sus compañeros. Son versos ingenuos, infantiles, que nadie tiene empacho en repetir porque en ese momento no caben chanzas y todos por igual están posesionados de la trascendencia del acto que realizan.

La música ha terminado con una vigorosa repetición por la armónica del tema inicial. La gente celebrará el acierto del coro. Los changos se quedan, todavía por un instante, indecisos y tímidos, junto al pesebre, hasta que viene a sacarlos de su embarazo la voz cordial de la dueña de casa invitándolos a tomar un poco de aloja. Es ése el único premio del canto, que sabe a delicia para los changos cantores. Así como en La Rioja no se concibe Navidad sin pesebres, tampoco se concibe a éstos sin aloja. Recordemos a Gonzalo de Berceo: mi canto "bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino". El riojano podría decir parafraseando al bardo medioeval: "Para mi canto, sólo pido un vaso de rubia aloja".

También ocurre a veces que la armónica es reemplazada con improvisadas orquestas, y entonces el canto navideño toma contornos de verdadero acontecimiento para el auditorio. Sin embargo, el sentido y el alcance del homenaje es el mismo.

Concluída una etapa de su misión, los músicos y el coro, al igual que los changos de la armónica, seguirán a otros pesebres hasta que la noche avance e imponga una pausa inevitable en el cristiano regocijo de la Navidad.

La calle, hasta hace un momento rumorosa, ha quedado desierta. Sólo a los lejos, desde las quintas vecinas, se oye el canto de un gallo que viene apurando la aurora.

Catamarca, diciembre de 1955.

LA SIESTA DEL ARROPE

J. M. REYES VELEZ

Cuando el tiempo, en su perenne y silencioso deambular, se ha llevado gran parte de los años de nuestra vida, llega entonces la edad de los recuerdos y la añoranza de aquel cielo profundamente azul, quieto y transparente, del pasado. El cautiverio de los años nos trae embellecida la imagen de Sión.

El presente casi siempre es cruel, a pesar de la fugaz alegría de algunas horas, porque sentimos el desgarrón de la vida; mientras que el pasado, por el recuerdo, es como un retorno dentro del alma del paisaje hermoso que el tiempo se llevó.

El pasado es bello porque es resurrección o ansia de eternidad. Quizá el fenómeno psicológico de la añoranza, con el misterio de su *tristeza alegre* - aparente contradicción de términos, nada más - implique, más que de filosofía, una realidad de profunda teología, intuida y saboreada solamente del santo o del poeta.

Las cosas más baladíes que se fueron con el tiempo, con el recuerdo retornan embellecidas de claras emociones; las trágicas, retornan con entonaciones de suavísimo lirismo resignado, como si las espinas se hubiesen trasmutado en flores; y las alegres, más alegres aún, como si todas las flores del camino olvidado y lejano por donde anduvimos, volvieran en cortejo en torno nuestro con su cáliz desbordante de perfumes y de néctar, para brindársenos, como antes, cuando al azar las arrancábamos de los setos florecidos, con las protestas de sus dueñas enamoradas.

☆☆☆

Fué una siesta, lo recuerdo como ahora. Siempre esas horas enervantes de verano han sido para todos los niños los momentos más eufóricos de su vida..., también los más hermosos, porque la inocencia de sus años puso siempre en todas las cosas un poco del dulzor de su alma sin penas ni amarguras.

Terminaban nuestras vacaciones en "El Tala", la antigua estancia de Sigalí -nombre este que recordaba el de una princesa india, adolescente y hermosa, que, al decir de la leyenda, murió tragicamente ahogada en el río crecido en posesión hasta hoy, aunque mutilada, de los Padres Franciscanos, desde los tiempos de la conquista.

A dos de nuestros compañeros, de trece y doce años de edad, más o menos, les cupo en suerte quedarse unos días más para ayudar a misa a los reverendos, que no habían terminado sus vacaciones; los demás debíamos regresar, tristes, como se supone, por ese motivo, pero a la vez alegres, porque en aquellos años felices se hacían a caballo los viajes por esas soledades de piedra, agua y umbrosas arboledas.

Pero, como "no hay mal que por bien no venga", ni "hurgue te que no se moje el o...jal", como antes decían en sus sentencias las castísimas abuelas a sus nietos traviosos, a última hora tuve también que quedarme, porque al ir a echar el cabestro a un lindo y brioso "oscuro" que yo pensaba jinetear, aunque él pensara lo con-

trario, un "gateado", más pateador que el mejor goleador de Boca, me recibió con sus dos de atrás, con tanta exactitud, que, sin hacerme mayor daño, me dejó profundamente dormido sobre un alambrado. Volví en mí sobre el hombro de mi maestro. ¡Qué bueno y padre que era! Con ternura me tendió en mi camita. Así, dolorido, no podía montar por el momento; tampoco el viaje de la caravana podía suspenderse. Optó, entonces, por dejarme unos días más con los dos compañeros aquellos.

Y allí quedé solo. Desde mi cama sentí la cabalgata y los gritos alegres de mis compañeros que regresaban.

—Adiós, Reyes.

—Saludos del "oscurito", y que te mejores.

—...y del "gateado", añadió otro con picardía.

El eco de las voces y de la cabalgata se perdió. Yo me sentí solo, como huérfano, y triste. Cuando todo quedó en silencio empecé a monologar con el pensamiento:

—¿Quién iría en el "oscurito"?

—¡"Gateado" de porquería!...

—¡Pero, en fin... "como no hay mal que por bien no venga"!

¿Y qué habrá querido decirme el viejo Don Dermidio, cuando sentenció entre dientes, como el bramido opaco del "barroso", después que volví lloriqueando de mi desmayo: "No hay hurguete que no se moje el o... ¡jal amiguito?" (Pero él no dijo ojal... ¡Qué viejo boca sucia!)

Al otro día, aunque dolorido, ya estaba en pie. La cosa no fué grave.

Eramos así tres monagos para los tres santos frailes que celebraban el Augusto Sacrificio todos los días. Por cierto que el mayor de los tres, el más pícaro y vivarachó, se eligió al que decía más rápido la misa; yo, claro está, al que le seguía en tiempo; y el otro, calladito, "murrungo" y dejado siempre, no tenía más remedio que ayudar al más santico de los padrecitos, no precisamente por más santo, sino porque entre arrobamientos y mementos, de lo que nuestra mística infantil entendía poco, echábase de cuarenta a cuarenta y cinco largos minutos en la celebración.

Corrieron los días y llegó aquella siesta inolvidable, hora en que los padrecitos descansaban y nosotros, en un saloncito, agonizábamos encerrados, para que no nos largáramos por quebradas y cerros o en busca de los remansos del río turbulento, traicionero a veces.

Vaya a saber por qué travesura esa siesta estuvimos penitenciados, con severísima prohibición de salir hasta nuevo aviso. ¡Para qué! ... Los minutos se nos hacían horas y las horas, claro, se nos harían siglos...

—Che, dice de repente el más grandulón incorporándose. ¿Por qué no vamos a comer arropo?

En el silencio de la siesta virgiliana, aquella invitación, si no el dulcísimo zumbir de las abejas del clásico romano, nos hizo sentir un inquieto apetito de saborear el oscuro y delicioso dulce criollo.

Discutimos las posibilidades; medimos los peligros; recordamos con disimulado pavor ciertas varillas de mimbre que, cuando fué menester, acariciaron aquellas mejillas reverso de las verdaderas; trazamos con el índice croquis en el aire del plan a desarrollar... El más grandote nos dominaba, era todo un general en jefe y nosotros... dóciles soldados quizá por enamorados del arropo.

Este se guardaba en un galponcito, sin puertas ni cerraduras, en una de aquellas acostumbradas bolsas de cuero de cabra, que con tanta habilidad confeccionaban antaño nuestros hombres de cam-

po. Repleta, turgente de arrope almibarado, solíamos verla, golosos, colgar del techo, cada vez que íbamos a la vertiente en busca de agua. ¡Y que fácil resultaba extraerlo! Con aflojar el "tiento" que ceñía una de las extremidades del cuero, que en vida del chivito o cabra fuera simpática patita triscadora, se escurría lento, rubio y silencioso... ¡Si era de chuparse los dedos! Valía la pena correr el riesgo con tal de endulzar aquellas horas amargas de encierro en siesta tan hermosa.

A la una, a las dos y...

—Por la puerta NOOO... murrungo ¡i mmm... musita nervioso el jefe. Por la ventana, ordena indicando la salida estratégica.

Y, él adelante, salta como un gato a campo abierto y los dos le seguimos no llevándolas todo con nosotros.

En los sauces y mimbres frondosos de las vertientes entonaban sus coplas estivales zorzales y reyes del bosque, que con la corte de otros alados cantores, escribían su sonata heroica en el pentagrama azul del firmamento que la brisa con sus alas invisibles, matizaba en "crescendos" y "morendos" suavísimos.

En puntas de pie llegamos al galpón. Allí estaba el tesoro en su cofre de cuero como esperándonos.

El plan táctico se desarrolla matemáticamente.

—Vamos. Primero yo, vos desatá, ordena el comandante... Y colocándose, decidido y valiente, de tal forma que el arrope cayera exactamente en su boca abierta, yo cumplo órdenes sumiso con impaciente interés. El otro compañero miraba callado a dos pasos de nosotros, como un borriquito humilde.

Ví cómo tragaba, no deglutía, el goloso; cómo, con la cabeza echada hacia atrás, su nuez subía y bajaba como un pistón dulcemente lubricado; como, o por nerviosidad de conciencia, o por la imagen de la varilla aquella aletargada en la subconciencia, o porque la saliva se me iba de la boca, el tiempo se alargaba y alargaba sin que el comilón diera muestras de hartarse. De pronto, una señal con la mano y un gruñido gutural, me indican que daba por terminada su operación.

Erguido, con un hondo suspiro de satisfacción, después de pasarse la lengua por los labios, me dice:

—Ponete, vos, ahora.

Repetimos la operación a la inversa; yo con la cabeza echada hacia atrás y bien abierta la boca, y él dejando escurrir el amermelado licor, que parecía acariciar hasta las más íntimas telas de mi ánima.

Si mi mente en aquella edad supiera de viejas teogonías, quizá pensara que el Nirvana era un estado de quietud del alma, deglutiendo arrope en un bosque poblado de pájaros cantores... Pero mi fugaz felicidad terminó, como todas las que obsequia este mundo fermentado y falso.

Le tocó el turno al tercero que, callado en su puesto, paciente y resignado, esperaba como con pereza hasta de abrir la boca.

—Movete, tonto, le increspa nervioso mi compañero. Y asíéndolo de un brazo locoloca debajo del tumefacto cuero, del que yo estaba ya, clave en mano, listo para operar.

Abrió la boca, cerró los ojos y empezó a embaular lentamente, pero seguro. De ser italiano y no catamarqueño, y adulto en vez de niño, y de poder hablar en ese momento, quizás me hubiese dicho: "Piano, piano se va lontano", que es lo mismo que decir en infantil romance: "Despacito, despacito se caza el pajarito", aplicado esta vez al dulce, rubio y acaramelado chorro de arrope, que...

—El Padre!..., sentimos que decía, todo azorado el improvisado jefe de trapisonda, que, afuera del galpón, montaba guardia,

alerta y vigilante, a cualquier remotísimo peligro.

Sentir esa voz; soltar el tiento; huir como un relámpago; brincar por la ventana; cerrarla y tendernos en la cama, todo fue más rápido, veloz y silencioso que el pío de un "incancho".

Mi corazón latía como el de una "urpila" asustada y no debía ser menos el de mi vecino. Yo traspiraba tapado hasta la cabeza en espera de algo así como una tormenta...

En eso sentimos golpes de nudillos en la puerta. De un brinco nos incorporamos.

—¿Oíste?

—Sí.

—¿Abrimos?

—No... ¡El padre!

—¿Y?...

Los golpecitos se repitieron. No había otro remedio. Era necesario abrir y después...

Me hice el dormido, mientras el otro, el jefe, sin trazas de tal, porque posiblemente perdió insignias, penacho y gallardía en la cobarde huída, se levanta con los ojos agrandados, y mientras con la mano siniestra sostenía la nalga correspondiente, con la otra corre el cerrojo y abre...

¡Horror!... Vimos entrar un personaje de cabeza a cintura tatuado de un líquido marrón y espeso, que chorreaba en hebras por todo el rostro, y seguido de un enjambre de moscas... Contuvimos con la mano una carcajada. Era el pobre compañero que dejamos en la fuga y que, por lo visto, solo y abandonado, a merced del arropo que siguió cayendo sin control y más abundante, luchó a dos manos por evitar su pérdida.

—¡Que son Uds.!, ¿no?, fue lo único que susurró en tono de queja, mientras trataba de limpiar sus ojos pegajosos y mirar su ropa embadurnada.



El cuitado compañero, víctima de su mansedumbre callada y resignación silenciosa —¡hoy pienso que él fué bueno y nosotros malos!— sacó de sus alforjas una camisita limpia y se encaminó al río, que eternamente bullidor, saltaba transparente y claro por sobre las piedras o se dormía quieto en los remansos.

Mientras nosotros comentábamos entre risas los percances de la que en nuestros recuerdos dimos en llamarle "la siesta del arropo", en la hondonada umbrosa y fresca de la vertiente, un zorzal, mientras los otros pájaros enmudecían, en un solo estupendo, lanzaba, como flechas de finísimo cristal de entre las frondas, sus trinos maravillosos... Dos águilas, bogando lentamente en el mar azul del firmamento, parecían escucharle como enamoradas del invisible cantor de aquella siesta.

Catamarca, 30 dediciembre de 1956

Danzas en el Teatro Catamarca

LUCIDA VELADA COREOGRAFICA REALIZOSE
EN DICHA SALA EL 2 DE DICIEMBRE

Cuando Roberto Gray, inquieto hombre de arte, trajo a Mara Dajanova para dictar un curso de danza moderna a jóvenes alumnas de nuestro ambiente, ninguna de las personas que siguen con interés tales manifestaciones habrá sospechado siquiera, las magníficas proyecciones que ese esfuerzo comportaría. Así, fuimos llevados de sorpresa en sorpresa. Sabíamos que el pueblo catamarqueño tiene especial inclinación para expresarse plásticamente, pero la experiencia que se acometía, no cabe duda, era mucho más avanzada que la creación del Taller de Artes Plásticas, por ejemplo.

El primer índice favorable fué dado por el abultado número de alumnos inscriptos, que

sobrepasaba holgadamente el centenar. Ello demostraba una curiosidad enorme, un interés inusitado en nuestra gente joven. Después, ella tendría múltiples ocasiones de ratificarlo. A través de los cuatro meses que se prolongó el curso, demostró cabalmente que su adhesión no obedecía simplemente a un entusiasmo de circunstancias, frente a algo novedoso, sino que en todos ellos ardía una ponderable vocación por este género de estudios.

Asimismo, fué dable comprobar que ese interés no era solamente patrimonio de los alumnos. También los padres comprendieron la importancia de lo que se hacía, y en tal virtud, ellos se constituyeron en los principales animadores de

sus hijos. Ensayo tras ensayo, los veíamos asistir con escrupulosa puntualidad para observar complacidos el trabajo y los progresos de aquellos.

No cabía ya ninguna duda. Estábamos frente a una iniciativa que implicaba un verdadero impacto en la sensibilidad artística de nuestro ambiente; a una realización de alto vuelo para la cual se podían vaticinar halagüeñas perspectivas.

La prueba más elocuente de lo que venimos diciendo, la encontramos en el festival coreográfico que, el viernes por la noche, ofrecieron las alumnas de Mara Dajanova, en el Teatro Catamarca. Una sala atestada de público fué el digno marco de la velada, público que siguió con interés y simpatía



EN UN SALON DEL 1800: Ana Rosa Martinena, Leda del Niño, A. María Sotomayor y Edith Soria Savio.

GRACIA Y JUVENTUD EN EL FESTIVAL DE DANZAS



los diferentes números del festival, subrayando su aprobación en cada caso con calurosos aplausos.

Un programa confeccionado con buen gusto, con sencillez no exenta de distinción, sirvió para poner de relieves los asombrosos adelantos logrados por todas las integrantes del animoso elenco. Todas cumplieron su parte con destreza, con elegancia, con sentido del ritmo y con encomiable ajuste. Injusto sería hacer distinciones.

Por otra parte, no podemos

silenciar algo que estuvo en el ánimo y en la palabra de todos los concurrentes. La extraordinaria capacidad docente de Mara Dajanova que, en tan corto tiempo ha logrado tanto rendimiento de sus alumnas. Asimismo, se reveló nuevamente, como una magnífica coreógrafa en la rica composición de danzas de variado carácter. Hizo "pendant" con ella, una artista nuestra, María Sofía Elizondo, quien diseñó los trajes con buen gusto y propiedad, sirviendo de tal modo en for-

ma ponderable al éxito de cada número.

La parte musical fué cumplido eficientemente por Inés Díaz Barros, valiosa colaboradora en este esfuerzo que prestigia a nuestro ambiente.

Finalmente, digamos nuestro anhelo de que continúe siempre el apoyo sin retaceos que nuestra sociedad ha brindado a este curso de danza, a fin de que puedan madurar los frutos que cabe esperar del mismo en un futuro no lejano.

A. R. B.



PROMENADE, L. DELIBES: Elizabeth Abel, Nora Correa del Pino, Esther Correa del Pino, Martha Z. de Kopp, Led de Niño, Ana R. Graciela Elizondo, Blanca A. Figueroa, Emilca Abel, Martha Bertero, Olga M. Caro, Susana Nazarena, Graciela Navarro





ESTAMPA HUNGARA, J. BRAHMS: Hortencia Acosta, Aminta Acosta, Lía Alderete Salas, Delia Cardoso Madueño, M. del Valle Chavarría, Martha Demelchori, Teresa Luna, Beatriz S. Raiden, Martha Rodríguez Manfrotto, Elizabeth Raiden, Edith Soria Savio, María E. Raiden, María A. Sotomayor

e Kopp, Leda de Niño, Ana Rosa Martinena,
na Nazareno, Graciela Navarro Isola.



AVE MARIA, FRANZ SCHUBERT: María A. Sotomayor.





FIESTA EN LA CAMPINA POLACA, H. WIENIASKI: Delia Cardoso Madueño, M. del Valle Chavarría, Martha Demelchori, Beatriz Raiden, Estella Raiden, Edith Sor'a Savio, Elizabeth Raiden, A. María So'omayor.



EN EL SALÓN DEL 1800: Martha Z. de Koop, María E. Raiden, Martha Bertero y Beatriz S. Raiden.

DE LO HONDO

Para la Revista "ARBOL"

Los "cuidados pequeños" que acumulan los años,
horadan los profundos cimientos de la vida,
y los males mayores, que no tienen medida,
son cavernas que incuban fatales desengaños.

Poco a poco nos vierte por invisibles caños,
jugo de mal la adversa suerte tan escondida;
y cuando reparamos en la andanza cumplida,
nos vemos, ay, cubiertos por invisibles daños.

Pero no te entristezcas totalmente. Celajes
de extraña luz escalan remotos paralajes,
y quizá te vislumbran y palpitan contigo...

¿Y no escuchas el eco lejano de un salterio?
¿Y no titila el astro cubierto de misterio?
Mientras se agite un átomo, ten esperanza, amigo...

Lomas de Zamora, Diciembre de 1955.

CARLOS B. QUIROGA



ELEGIA

(A Don Severo Villanueva, en el día de su muerte)

El 22 de noviembre ppdo., en la ciudad de La Rioja, donde residió durante largo tiempo, dejó de existir don Severo Villanueva. Escritor y poeta, oriundo de Catamarca, alcanzó notable figuración entre los que descollaron en la época del Centenario.

Conoció a Rubén Darío. Fué amigo personal de Charles de Soussens, a quien se Hermanó en su bohemia. Compañero de Martínez Cuitiño, Ricardo Rojas, José Ingenieros y muchos otros. A Quinquela Martín y Juan de Dios Filiberto, lo unía una amistad afectuosa de viejas raíces.

Casi toda su producción está dispersa en las revistas de aquella época, Caras y Caretas, P. B. T., Plus Ultra, etc. En sus últimos años colaboró con alguna frecuencia en "El Hogar" y "La Prensa". Cultivó la poesía, la novela y el cuento breve.

Siempre fué un hombre sencillo y generoso. Todo el inmenso caudal de su experiencia y su cultura, lo brindó sin retaceos en bien de sus hermanos en el arte y las letras.

*En este tiempo que la Primavera encumbra
sus ramos florecidos;
cuando la luz aviva los colores
y el cielo azul y límpido
derrama su alegría en el paisaje
multiplicando brillos;
cuando esta tierra fuerte, nuevamente,
se atavía de verdes encendidos;
cuando todo es un canto a la esperanza,
una ola de frío
te ha cerrado los ojos para siempre
y calló tu latido.*

*Ahora que quería mostrarte las montañas
ya sin opacos ocres y amarillos;
señalar, acreciendo tus asombros,
los desvaídos trazos del camino
cuando la tarde enjoya de luceros
el horizonte ardido.
Ahora que quería levantarás
un dique de granito
al desatado llanto que avasalla
la frágil entereza de tu hijo;
ahora que quería modelaras,
con toda la ternura de tu espíritu,
el poema total que en tí latía...
Una ola de frío
te ha cerrado los ojos para siempre
y calló tu latido.*

De la riojana tierra castigada,
ya te sentías hijo.
Tanto como nosotros la querías
con amor desmedido.
Tus facetas mostraban, transparentes,
al hombre bueno y limpio,
en dineros de miel y de modestia
tan solamente rico.
Para tu alma de pájaro ya tienes
en nuestra tierra un nido.
¡Llorarán con nosotros las estrellas,
que una ola de frío,
te ha cerrado los ojos para siempre
y calló tu latido!

Te dejo este poema de mi angustia,
en llanto humedecido.
Sus palabras deshacen el silencio
abriéndose camino,
para alcanzar tu corazón lejano,
sediento de infinito
¡Que recojan los pájaros las voces
y las repitan en su canto antiguo!
¡Que a las nubes ascienda nuestro llanto
y sobre ti regrese hecho rocío!
¡Que la paz te circunde porque ahora,
una ola de frío,
te ha cerrado los ojos para siempre
y calló tu latido!

¡Ay, entrañable amigo, don Severo!
¡Tan en la vida y en la muerte, amigo!

La Rioja, noviembre 22 de 1955.

JOSE M. PAREDES

LOS DIAS AZULES

Para la revista ARBOL

I

*No eres cosa de ensueño o de leyenda.
Extraña, sí, maravillosa, sí,
pero estás en mi tiempo, estás aquí,
eres mujer y pasas por mi senda.*

*Como un premio de Dios, como una ofrenda
del Creador, te vi llegar a mí
y desde entonces no hay en torno a ti
alma que como mi alma te comprenda.*

*Te veía pasar a toda hora,
de día, de noche, en sueños, siempre esquiva,
como una bíblica visión celeste.*

*¡Y hoy se encendió tu sí como una aurora,
como un mensaje enviado desde arriba!
¡Nunca hubo un día más azul que éste!*

II

*Azul, azul, más grande que este día,
será el día del triunfo en el hogar,
donde tendrá la irradiación solar
un bello resplandor de pedrería.*

*Junto a tu vida irá la vida mía
revolcándose en sábanas de azahar
y estampando rubíes en tu ajuar,
en el derroche de tu lozanía.*

*Yo explorando la gloria en tu sonrisa,
tú amparando mi vida, yo la tuya,
tú suave y pura, yo viril y agreste,*

*Tú como un junco, yo como una brisa,
elevando a los cielos la aleluya.
¡Nunca hubo un día más azul que éste!*

III

*¡Oh! Vendrá un día más azul que aquellos
días azules del amor triunfante.
¿Qué astro, qué oro bruñido, qué diamante,
tendrán un brillo y un matiz más bellos?*

*Será cuando, ya blancos mis cabellos,
la muerte dibujada en mi semblante,
hecho un despojo mire, agonizante,
la fuga de mis últimos destellos.*

*Cuando de mí ya nadie nada aguarde
y huyan todos de mí y sólo me espere
una sombría caja de abedul.*

*¡Tú estarás junto a mí la última tarde!
Y oirás como un son de misereres.
¡Nunca, nunca hubo un día más azul!*

JOSE LUIS GALARZA

Romance de los que Fueron

Los cuerpos están dormidos,
Están dormidas las almas.
La luna ronda los valles,
Los valles de Catamarca.
Los valles anchos y largos
Que la arena roja esmalta;
Está rondando la luna;
La luna redonda y blanca.
Las ruinas del Aconquiya
Sueñan con glorias pasadas...
Entre las pircas, la luna
Dieciocho sombras retrata.
Dieciocho hombres de hierro,
De cobre las duras caras,
Están sentados en rueda
Bajo de un cielo de plata.
Chelemín, Chumpicha, Utimba,
Algunos de ellos se llaman;
Don Juan Calchaquí es el jefe,
Todos los demás curacas;
Valientes guerreros todos
Que murieron por su patria.
El viento llora en la cumbre,
El viento duerme en las abras...
Y don Juan Calchaquí, el jefe,
Entre todos se levanta
Y quiebra el silencio mudo
Con voz que sangra nostalgias:
"¿Dónde están los bravos hijos
Del valle y de la montaña?
¿Dónde está el bronce del rostro,
Y el fuego de la mirada?
¿Dónde está el amor del pecho
Y el canto de la garganta?
Responde el eco quejoso:
Su vida es la de las ánimas.
"¿Dónde sus nidos de piedra
Que ya envidiaban las águilas?
¡Ay que está todo perdido!
¡Ay que ya no existe nada!
¡Ay que la luna se esconde!
¡Ay la hermosa Catamarca!"
En esto, el cielo se torna,
Sombrio, color de agua,
Y en un arranque de pena
Se rompe en ríos de lágrimas.

JOSE E. NIEVA

EL FILOSOSOFO

PRESENTACION DE DON JOSE ORTEGA Y GASSET (1916)

ALBERTO ROUGES

Como homenaje a la memoria del gran filósofo español José Ortega y Gasset, recientemente desaparecido, nada nos ha parecido mejor que reproducir las palabras —hasta hoy inéditas— con que lo presentara el ilustre pensador argentino Dr. Alberto Rougés, con ocasión de la visita a Tucumán que realizó en 1916 el autor de "La Rebelión de las Masas". De tal manera, "Arbo!" se honra vinculando estos dos nombres de tan profunda significación en el pensamiento hispánico.

He aquí que la realidad que nos circunda, tangible, indudable al parecer, va a volverse, súbitamente, insegura, problemática, y hasta ha de amenazar anonadarse, evitando ágilmente la garra de nuestro pensamiento exasperado. ¿Qué soy?, clamará ella agresivamente, como uno de esos desmedrados, astutos y multiformes demonios del Ramayana que, perseguido por Rama o por Laksumana, se hubiera venido hasta nosotros, iracundo y engañador, para pugnar formidablemente como un héroe del pensamiento. ¿Será acaso que ahora, como en los poemas, los monstruos no aparecen sino cuando se acerca un héroe, cual si fueran creados para la prueba y para la gloria de éste?

Pero ¿quién es ese héroe del pensamiento, ante cuya presencia la realidad que nos circunda va a volverse un ineludible, un angustioso problema? ¿Quién es ése que tiene el terrible poder de turbar el reposo profundo de las cosas, de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Sé deciros de él que, para acercarse a su meta, ha debido, como el paladín invicto de la selva encantada en el poema del Tasso, atravesar lo aparente sin

inmutarse. Su meta es la recóndita, la inquietante profundidad; más allá de la realidad vulgar ininteligible y maravillosamente matizada; más allá aún de la realidad científica, sin matices, monótona, cuantitativa, calculable; más allá todavía de los principios, de las categorías, donde, a veces, naufragando en el caos, el pensador padece, mártir de la luz, el horrible suplicio de sentir sobre sus hombros un mundo y bajo sus pies un abismo. Más allá todavía: su meta es la realidad filosófica —conciencia, espíritu, continuo psíquico, continuo material, flujo eterno, representación, perspectiva— la sutil realidad filosófica donde se desvanecen las contradicciones que llevan hasta ella, aguijoneándolo, al pensamiento, donde tal vez intuye éste, en divino reposo, la profunda armonía del universo.

Pero diréis acaso: ¿Qué ganaremos al ser privados de la tranquila posesión de nuestra realidad o de nuestra ilusión. llámesela como se quiera? ¿Para qué angustiarnos con tales problemas? ¿Para qué la sombra, el dolor de la sombra? Afirma Sócrates en un diálogo de Platón, expresando el pensamiento de Heráclito y de Protágoras, que el bien del espíritu es la movilidad, es decir la meditación. El fin de la meditación es la claridad, pero ha de comenzar ella por crear la sombra, es decir el problema. La sombra que llevamos es una posible claridad, es el deforme bloque en que cincelaremos la estatua. Bendigamos la luz, pues, pero no rehusemos el lote de tinieblas que somos capaces de

aclarar en esta vida. —La extraña suerte del pensador es ésta: dar luz y llevar en su entraña la angustia de la sombra. Y ya que la meditación es el bien de nuestro espíritu, sea nuestra misión la claridad. Aceptémosla valientemente y trabajemos por la filosofía que es la máxima iluminación del universo.

¿Quién es ese héroe del pensamiento, he preguntado antes de ahora que tiene el terrible poder de turbar el profundo reposo de las cosas y de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Mi respuesta será la de Teodoro en El Sofista: "...si no creo ver en él un Dios, lo tengo al menos por divino, porque los filósofos son para mí hombres divinos". Eso, pues, eso que en los países de habla castellana es un prodigio y que en todos los países es algo extraordinario, eso, un filósofo, eso es Don José Ortega y Gasset.

Señor don José Ortega y Gasset: en nombre de la Universidad de Tucumán, os doy la más cordial bienvenida y os agradezco, efusivamente, el presente que traéis para nuestra joven cultura, el regio presente de vuestros pensamientos bellos y profundos.

PARA SUS MEJORES COMPRAS
GRANDES TIENDAS Y ZAPATERIAS
«LA CAPITAL»
La Casa Mas Popular de Catamarca

La Educación ...

(Viene de la Pág. 10)

Si la verdad está ausente, el diálogo se despedaza en dos absurdos monólogos que se esquivan y se enfrentan hasta que uno, en la animalización que produce el error, no haya vencido y eliminado al otro.

Sin embargo hoy hay poca educación, no en el sentido corriente y banal de la palabra (de ésta hay bastante) sino en el más rico y profundo. La mayoría de los hombres no forma una comunión porque no está comunicada, esto es, porque está fuera de la verdad. Cada uno es un hombre aislado, un dogmático, un lúcido razonador sin razonamiento o discurso verdadero. Por eso el sentido de la educación debe plantearse ahora en su sentido más alto y universal, católico, como encuentro de grandes comunicaciones cósmicas, como reunión universal de la humanidad unánime en la verdad. Hay un problema de universalidad y de verdad; es decir de catolicidad. Por eso la Iglesia de Roma es la gran vía de la comunicación universal; de la educación absoluta, integral y total; la gran vía de la participación de la verdad, en lo eterno donde se rescata la vida transeúnte del día que pasa. Y por eso, finalmente, la más grande y auténtica misión educativa espera a los pueblos de civilización latino-católica, junto con la grave responsabilidad de saberla defender y custodiar de dos ataques opuestos, pero igualmente destructivos: el ataque de la mentalidad anglosajona que concibe la vida como éxito, deporte o diversión y el ataque de la mentalidad bolchevique que concibe la vida como fanatismo homicida de la materia.

La Autenticidad del Cuarto Evangelio a Través de los Documentos de Qumrán

Iniciando un breve ciclo de conferencias programado por la Comisión de Extensión Cultural del Instituto del Profesorado, el 4 de noviembre último disertó en el Salón Esquiú el profesor de Sagradas Escrituras del Seminario Regional, Rvdo. Padre Eugenio Lákatos. Su conferencia versó sobre el tema: "La autenticidad histórica del Cuarto Evangelio a través de los documentos de Qumrán".

El conferencista comenzó proporcionando una referencia precisa acerca de los llamados documentos de Qumrán. Relató al efecto las curiosas circunstancias que rodearon este importante hallazgo. En el año 1947, un pastor árabe que transitaba por el desierto de Judá, en las inmediaciones del Mar Muerto, encontró en forma totalmente casual una desconocida cueva que guardaba en su interior un valiosísimo testimonio histórico. Se trataba de una serie de rollos de pergamino que fueron vendidos por su descubridor, en una ínfima suma, al convento sirio ortodoxo de la ciudad de Belén. Posteriormente, ellos pasaron a ser propiedad de la Universidad de Yale, y recientemente, en el mes de febrero de este año, el Gobierno de Israel los recuperó mediante la fabulosa suma de 500,000 dólares.

¿Qué razones nos explican la importancia inusitada de esa documentación? Entre todos, uno reviste capital interés. El disertante explicó que se trataba de un Manual de Disciplina o "Serek Hayyahad" perteneciente a una comunidad religiosa de Qumrán, localidad donde se efectuó el hallazgo. El pergamino mide 187 cm. de largo por 24 de ancho y contiene un texto hebreo distribuido en once columnas de veintiseis líneas cada una. Hasta el momento, se han realizado traducciones directas al inglés, alemán y francés y de éste al latín, versión que fué utilizada por el conferencista para apoyar su estudio.

Con el propósito de metodizar su investigación, el P. Lákatos propuso a continuación dos problemas de elucidación previa. ¿Qué edad podemos atribuir al documento? y luego ¿A qué comunidad religiosa se refiere el mismo?

En cuanto a la primera manifestó que el Manual de Dis-



Padre Eugenio Lákatos

ciplina ha sido sometido a más severo análisis de las disciplinas auxiliares de la historia: paleografía, arqueología y al método más reciente y novedoso del "Carbono 14" que se basa en la física nuclear, actualmente utilizado por los arqueólogos. Las conclusiones, son coincidentes, aunque se advierten discrepancias ligeras. —dada la edad del documento—. Puede suponerse razonablemente que la antigüedad oscila entre el año 50 antes de Cristo al año 33 de nuestra era. El conferencista hizo suya la opinión del investigador Geza Vermes según la cual el mismo procede del siglo primero de nuestra era, basándose tal vez en otro documento del siglo anterior.

La segunda cuestión, es no menos importante y discutida —afirmó el disertante—. Así algunos como J. L. Teincher, defienden la tesis de que se trataba de la secta judía de los ebionitas mientras que otros, como A. Dupont-Som-

mer, sostienen en cambio que se trata de una comunidad esenia.

El P. Lákatos, luego de considerar detenidamente, el contenido de cada una de las cuatro Partes que integran el Manual de Qumrán, se contrajo a analizar sus conceptos básicos, que explican el hecho de que se lo haya vinculado con el Evangelio de San Juan. Según el documento, los integrantes de la Comunidad son "hijos de la Luz" que están obligados a realizar "la verdad, la justicia y el juicio". Deben amarse mutuamente y "odiar a los hijos de la tinieblas"; "abrazar la verdad y caminar perfectos en los caminos de Dios"; estar "unidos en la verdad por cuanto están bajo el amparo del "espíritu de la Verdad". A este propósito Dios había predeterminado desde el principio, todos los pensamientos de los hombres, poniéndolos bajo el dominio de dos espíritus llamados espíritu de la Verdad y espíritu de la Maldad. Entre esas dos estirpes espirituales existe una lucha encarnizada que terminará con la victoria de la primera, ayudada por el mismo Dios. Al final de la lucha, Dios separará a los hijos de la Luz de los hijos de las Tinieblas "extinguendo el espíritu de la Maldad". Por otra parte, los hijos de la Luz deben estar separados de sus enemigos viviendo en comunidad, haciendo penitencia y "caminando en la verdad" para esperar la llegada del Mesías.

Al examinar estos conceptos —expresó el conferencista— no podemos ocultar nuestra justificada sorpresa al descubrir en ellos palabras conocidas a través del Evangelio de San Juan. Precisó, inmediatamente, esos conceptos comunes diciendo que tanto en uno como en otro texto se llama a los hombres buenos "hijos de la Luz" y a los malos "hijos de las Tinieblas". 2º) En ambos se proclama una continua lucha en-

tre los "hijos de la Luz" y los "hijos de las Tinieblas" que habrá de terminar con la victoria de los primeros.^{3º} Se identifica a Dios con el "ángel de la Luz y de la Verdad" y al demonio con el "príncipe de este mundo". Finalmente, se señala como las virtudes fundamentales a la Verdad y al amor mutuo.

Ante esto, puede defenderse la originalidad doctrinal del Cuarto Evangelio frente a la Regla de Qumrán? preguntó el P. Lákatos. Explicó que el tema ha sido abordado por varios investigadores católicos y no católicos. Algunos de ellos manifiestan abiertamente la posibilidad de un influjo en el joven cristianismo, de parte de la Comunidad judía de Qumrán. Así, F. M. Braun, después de un detenido examen de los textos concluye diciendo: "Jesús conocía a los hombres de Qumrán, utilizó su lenguaje, se refería a sus costumbres". Además, según nos dice Saúl Liebermann, en la época de Cristo, existían asociaciones piadosas en todas las poblaciones que tenían una sinagoga. Esas asociaciones llamábanse "Habhurót" y aún cuando no ha podido establecerse con exactitud la fecha en que han surgido se cree que fué en la época de los Macabeos, o sea el siglo primero antes de Jesucristo.

Otros, como el investigador alemán Karl G. Kuhn, establecen una fuente común tanto para el Cuarto Evangelio como para el Reglamento de Qumrán, que sería la religión persa. Ese influjo se explicaría por el hecho que los judíos, desde el cautiverio babilónico formaban muchas colonias en el imperio persa y se repatriaban de vez en cuando, no sin antes haber asimilado inevitables influencias durante tan largo destierro.

¿Son aceptables tales teorías? Para responder a esta pregunta el disertante realizó

Esta Revista Fué Impresa en
los Talleres Gráficos del Diario

"LA UNION"

San Martín 669 - Catamarca

un agudo y metódico análisis hermenéutico de los textos en cuestión, de donde se desprende que: 1º) Es verdad que tanto en el documento de Qumrán como en el Cuarto Evangelio existen dos espíritus: el espíritu de la Verdad y el de la Maldad. Pero cabe advertir que en el primero ellos son creados por Dios, mientras que en el Evangelio el "espíritu de la Luz" es el mismo Cristo, Dios hecho hombre. 2º) Según el Manual, la condición para llegar a ser "hijo de la Luz" es la interpretación de la Ley y la predestinación por Dios. En cambio, según el Evangelio, para que podamos llegar a ser "hijos de la Luz" debemos creer en Cristo y hacer obras buenas. 3º) Según el Manual existe una lucha continua entre los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, que finalizará con la victoria del espíritu de la Verdad. Por el contrario, en el Evangelio, la victoria de Cristo no es futura sino presente. La batalla ya está decidida; no es necesario esperar hasta el fin del mundo. Así pone en labios de Jesús (16-33): "He vencido al mundo". Finalmente, según el Manual, Dios ha dividido a los hombres en dos grupos, los buenos y los malos y ya antes de que hubieran nacido "estableció sus pensamientos". En la doctrina del Cuarto Evangelio no existe esa predestinación. Todos los hombres tienen la posibilidad de creer en Cristo, acentuándose la existencia del libre albedrío para escoger el bien o el mal.

En la parte final de su erudita y clara conferencia el P. Lákatos dijo: "Después de haber analizado las ideas principales del documento llamado "Manual de Disciplina" y de confrontarlo con los conceptos análogos del Cuarto Evangelio podemos concluir afirmando que ese estudio hace más firme la tesis de que el Cuarto Evangelio es una obra doctrinalmente original e históricamente auténtica. No depende en su doctrina de las enseñanzas de los sectarios de Qumrán, aunque literariamente, en cuanto a la terminología reconocemos rasgos comunes. Las coincidencias terminológicas, desde luego, no pasan de ser otra cosa que un mero instrumento para expresar ideas nuevas".

El expositor fué muy aplaudido y felicitado por el selecto auditorio.

La Exposición de las Artistas de "El Coyuyo"

La asociación cultural Atelier "El Coyuyo", que desde hace largo tiempo viene señalándose a la consideración pública por una tesonera y fecunda acción en el campo de las artes plásticas y de las letras, nos proporcionó una nueva muestra de su inquietud, con la exposición pictórica que se llevó a cabo en diciembre, en la sala de la Dirección Provincial de Turismo.

En ella estuvieron representadas las tres artistas que forman la base de la agrupación: Mary Walther, Sofía Elizondo y María Antonia F. de la Colina. Tres nombres bien conocidos de quienes siguen con interés las expresiones culturales de nuestro medio; tres pintoras de vocación, de alma, que han dado cima al esfuerzo que significa presentar casi cuarenta telas en donde predomina el paisaje como motivo, sin que ello excluya dignas realizaciones en materia de retrato.

La muestra contó con el justiciero apoyo del público que la ha visitado, renovándose sin cesar durante los días que permaneció abierta, y tejiendo elogiosos comentarios sobre la personalidad de las expositoras, y los bien madurados frutos de su arte. El espíritu fino, el trabajo silencioso, la noble inquietud de las tres artistas —que se recluyen en su labor como el eglogico cantor de nuestras tardes que les presta el tema—, ha logrado así una honda satisfacción más, que se suma a las muy numerosas conquistas durante su vida artística.

GENTILEZA

Casa

«Vazquez»

Rivadavia y República

Teléfono 894

MARGINALIA

FEDERICO E. PAIS

SOBRE LA INCIPIENCIA ARGENTINA

Los argentinos parecemos estar siempre en actitud de comenzar. Entre nosotros, lo más frecuente, cuando de algún quehacer se trata, es colocarnos en iniciadores; lo que se ha hecho es—nos parece— tan poco, que no cuesta mucho imaginarse “voy a ser el primero”. Y, así, la Argentina es, en gran medida, una permanente incipiente.

Si esto es visible en todos los órdenes de nuestra vida, quizá lo es con caracteres más netos en cuanto respecta a nuestra actividad espiritual. Nuestra historia está siempre volviéndose a hacer; nuestra literatura tiene un perpetuo matiz inaugural; el pensar nuestro es un repetido ensayar actitudes y soluciones. Desde luego, siempre es necesaria, en toda especulación —y mucho más en la tarea de creación—, esa actitud personal que renueva enfoques y aporta nuevas sugerencias. Pero en Europa, por ejemplo, tal actitud no implica olvidar todo lo anterior, y, por el contrario, la nueva interpretación se basa en un acendrado conocimiento, masticado y bien digerido, de lo hecho anteriormente.

No es ésa la actitud americana: además de la actitud, tenemos el *convencimiento* de que lo anterior no es válido. Sin duda, es ello una consecuencia de nuestra propia y peculiar situación americana: de la virginidad y libertad nativas de América. Y esto, que puede ser una ventaja —y que muchos europeos egregios miran con envidia—, se trueca a menudo en desventaja. Porque la labilidad deriva en permanente disponibilidad; y en el ancho campo abierto —y

cambiante—, no es fácil encontrar el rumbo, la tarea necesaria. De aquí resultan, por una parte, cierta inercia, visible sobre todo en intelectuales de provincia (el caso de los que “piensan hacer” algo, quizá “tal cosa”, y nunca se deciden a comenzar realmente una tarea, demasiado amplia, demasiado evanescente); y, por otra parte, el apresuramiento por absolver posiciones, por encontrar soluciones y por tomar partido, especialmente notorio en intelectuales metropolitanos. De ahí me parece emerger el “juego generalizado, desde el compromiso al monólogo sin intercomunicación posible” que el jugoso prólogo del último número de “Contorno” denuncia. Monólogo y banderías, los ataques violentos a los que están en el bando contrario, y la complacencia complaciente hacia los de nuestro partido, derivan, en última instancia, de una inseguridad fundamental; y ésta, de nuestra actitud de incipiente.

Pero vengamos a cuentas: ¿hasta dónde es América libre y virgen? Nacemos de Europa, somos un producto de toda la humanidad. Tenemos, por ende, una responsabilidad; si recibimos una herencia, y estamos en una nueva “situación” frente a ella, frente a ella también se nos presentan compromisos. Entendámonos: no pienso tanto en el *deber* para con esa herencia, como en el *derecho* que nos asiste a ella (según decía Henríquez Ureña). Renunciarla sería pueril, y falso por añadidura.

Pero, además, tenemos una herencia americana. Buena o mala, es la nuestra, de ella también procedemos, por ella

hemos sido forjados.

Sin embargo, nuestra incipiencia se nos ocurre a pesar de ambos antecedentes, Y si respecto de Europa ello puede explicarse por la situación nueva, la verdad es que, respecto del pasado americano, generalmente asumimos una actitud de menosprecio (muchas veces basándonos, precisamente, en novedades europeas).

No me refiero, claro está, a quienes, estudiando con hondura nuestras realizaciones anteriores, las enjuician; pero mi exclusión es válida sólo si éstos tienen presente que todo enjuiciamiento parte de un criterio, y saben impedir que se convierta en un prejuicio. Criterio o prejuicio nacido de nuestras perspectivas y circunstancia actual.

Me refiero, primordialmente, a los que menosprecian sin conocer a fondo, o sin suficientes elementos de juicio, o sin ninguna autoridad. En tal caso, nuestra *incipiencia* es también *insipiencia*.

Es necesario que asumamos la realidad. *Toda la realidad*, especifico: la actual y la pretérita, que ésta también es actual en cuanto somos productos de ella. Si hemos hablado en alguna nota anterior del imprescindible diálogo, es preciso hacerse cargo de que ese diálogo es también imprescindible con nuestros escritores y pensadores del ayer. Que pueden ser, en medida insospechada, nuestros fundamentantes; que son, sin duda, nuestros precedentes. Ellos nos aportan experiencia y sugerencias americanas; ellos nos dan testimonio y nos descubren.

Quizá ese diálogo fije mejor nuestra tarea, nos indique un fin (o un principio, que viene a ser lo mismo).

Y, con ello, se abolirán nuestra inercia y nuestro apresuramiento. Y, en verdad, asumiendo esa responsabilidad seremos menos incipientes, pero más libres.

SOBRE LA NOVELA ARGENTINA

Por mucho, la novela, "con su ampli-

tud de horizontes y su hondura en los buceos de las cosas y los seres, es el género actual que mayores panoramas ofrece a los escritores argentinos", como dice Solero. La novela puede dar testimonio de nuestra realidad y de nuestra pasión; y, por ese camino, contribuir de manera eminente al descubrimiento de nosotros mismos, y a la consolidación de una coherencia espiritual que tanto echamos de menos en nuestro pueblo.

Es evidente, sin embargo, que la novela actual carece de relevancia popular. Y me parece pueril pretender explicar tal cosa por "causas exteriores", por snobismo o estulticia de los lectores, por el interés comercial de las editoriales o por las urgencias y materialismo de la vida actual. Más bien debe achacarse al creciente divorcio entre los escritores y el gran público, que, si visible en todas partes, se manifiesta con caracteres especiales y agudos entre nosotros. Pero este divorcio tiene —al menos, entre nosotros— causales explicables y muy probablemente superables. De todos modos, necesitamos superarlas.

Sin duda, en el escritor de novelas argentinas caben dos actitudes. Dejemos para más adelante la acertada; veamos la primera, que podría conectarse con la supuesta pobreza espiritual de nuestro pueblo. Dándola por sentada, cabría suponer que la novela adecuada a su mentalidad sería la carente de complejidad y técnica, la mal escrita, digamos.

Hay novelas así entre nosotros. Muchos son los pretendidos novelistas que parten de esa situación de *incipiencia* e *insipiencia* a que me he referido en mi nota anterior. Pero esos "novelistas" no tienen éxito, ni entre los núcleos cultos ni en el "gran público"; de ahí su inoperancia y fracaso.

Porque nuestros lectores prefieren la buena literatura; la verdad es que los minusvaloramos. El éxito editorial de novelas extranjeras, y aun de algunas nacionales, es buena prueba de lo que digo. Supongamos entonces que el público que gusta de lo mal escrito, y en el que muchos escritores piensan con desprecio, o no existe o no tiene importancia para el éxito de una novela. Lo cierto es que, en la Argentina, hay una enorme población que gusta de examinar sus problemas (los problemas humanos, y, en especial los problemas humanos argentinos), y que sabe apreciar el arte narrativo y analítico que la buena novela representa.

Vayamos ahora a la segunda actitud, la verdadera. Nuestros escritores cultos reconocen, conscientemente o no, la realidad de nuestra herencia humana. No escriben pensando "en América" en cuanto público de lectores supuestamente incultos: el que escribe piensa en lectores plenos, en hombres cultos de cualquier latitud. Y así está bien.

Pero, como parte también conscientemente o no de esa dualidad entre lectores cultos e incultos, la verdad es que escribe, desde el principio, para minorías. Quizás existe -al menos, entre algunos escritores, muchos de ellos consagrados- excesivo tributo a lo que hemos llamado el "lector pleno", y así se incurre en el riesgo de exagerar, cayendo en el abuso de técnica, o en la falsa densidad (más de lenguaje que de alma), o en el "snobismo". Con lo cual efectivamente, sólo se llega a una minoría (muchas veces cómplice) y a la inautenticidad.

No menoscabo la técnica; antes bien, la reclamo. Sé que se vincula con la actitud del escritor, y que obedece a exigencias de la narrativa. Pero la discuto cuando sólo se debe a exceso de subjetivismo.

La técnica, la densidad de jugos subjetivos, sólo son válidos cuando surgen como imperativos del tema; de lo contrario, se incurre en artificio, falsedad, desequilibrio (el máximo pecado de nuestra novelística). Se me ocurre, pues, que la herencia y el compromiso "culturales" deben actuar como subyugencia, como información que provea a una mayor delicadeza de captación; no como exteriorización, que puede recaer en exterioridad.

Estimo, también, que se comete un error al pensar en dos públicos. Debemos pensar en una totalidad argentina, sin menospreciarla. Y me parece que ese error trae el olvido de una condición que creo esencial en la novela. Porque la novela tiene que ser, en gran medida, épica; el arte del "él", así como el teatro es el arte del "tú" y la lírica el del "yo", según decía Díez-Canedo. La novela necesita *crear* hombres y mujeres de carne y sangre, que *actúen* por sí, que *creen* a su vez conflictos humanos.

Y, para ello, ningún camino me parece mejor que el de tratar temas auténticamente argentinos. No quiero decir "tópicos"; ni el tema argentino me parece sólo el rural, o el bárbaro, o "lo local universalizado". No; quiero decir *problemas argentinos*. Si examinamos nuestra novelística de valor, o la buena novelística americana, encontramos siempre, como hueso central, el gran problema cercano, inmediato, vivo. Nuestra novela necesita también, en esa tensión de valentía fundamental que la nueva generación reclama, asumir nuestra realidad; "encarar" temas y problemas que *toquen* (es decir, que sensibilicen, que interesen) a todos los argentinos, y no sólo al escritor o a su grupo.

Claro que es difícil descubrir el tema, y saberlo tratar, captarlo y exponerlo. Pero la exigencia máxima de la novela es la de ser humana, y la humanidad es

un ir y venir del escritor al mundo y del mundo al escritor, de él a sus semejantes y de sus semejantes a él; una comunicación, o sea, una comunión. Si ello se logra, la novela interesará a todos los argentinos; y a todos los hombres del mundo. Porque el tema o problema es sólo piedra de toque para que se descubra la verdadera humanidad del escritor y de su contorno vital. Así es como el tema hará aflorar la plenitud del novelista, sus jugos subjetivos que serán testimonio...y vida.

Con lo cual, espero, no se confundirá mi pensamiento. No digo que lo *único* sea el tema; pero sí que el problema nuestro, sentido, actual, trascendente al propio escritor, es el único medio para que el subjetivismo no sea gratuito; para que la obra resulte efectiva de creación, e interese a todos los hombres. No rehuir la buena técnica, pero no exagerarla; sencillez, naturalidad, objeti-

vidad, lenguaje nuestro; pero todo nacido del choque con el tema, con el problema palpitante y profundo.

Sólo así, con valentía y hondura, con pasión y, si hace falta, con crueldad, se logrará la novela argentina. Tan necesaria para la literatura como para nuestra vida cultural en general: para el encuentro del hombre argentino consigo mismo.

SOBRE LAS REVISTAS CULTURALES

En el número 2-3 de "Ciudad", Eduardo Dessein se pregunta (en "autopalo", como él dice) por el papel que cumplen las revistas culturales. "Si se examinan las revistas que lee el hombre culto (...) veremos que de la cultura de masas pasamos bruscamente a la cultura de especializados o a las culturitas de círculo. De "Ahora" a "Imago Mundis", que es decir del hombre de Neanderthal a Míster Toynbee. No está mal que haya revistas dedicadas a la filosofía de la historia, pero ¿dónde están las revistas literarias sin pretensiones de vanguardia o de crítica interna, de tal grupo contra tal otro? Faltan las voces (...) que acerquen la llaneza y la espontaneidad (...) Que hagan de la cultura algo adquirible a través de los estímulos de un interés superior".

De más estará decir que subrayamos estas palabras. Y no porque consideremos mal que haya revistas de "vanguardia", de polémica, de alta literatura; sino porque hacen falta revistas que acerquen el gran público a las cuestiones espirituales y culturales. Que equilibren el interés con el valor intrínseco. Algo que quizá tiene mucho que ver con lo que decimos más arriba acerca de la novela. Algo de lo que se ha dicho en estas mismas columnas. Algo de lo que, modestamente, pretende hacer "Arbol".

"La Granja"

Productos Regionales

AVICULTURA

Depósito de Papas - Cebollas
Forrajes

VINOS MENDOZA "TONELLI"

Cereales y Derivados

☆☆☆

Rivadavia 930 — Tel. 706

CATAMARCA

La Joven Generación Argentina, Desde Lejos

FEDERICO E. PAIS

Excusas por estas líneas

Desde 1951, desde Catamarca, vengo hablando de una nueva generación argentina. Si pude ser tildado de pre-maturo, no presumo de zahorí: con bastante antelación ya era dado advertir los síntomas, hechos hoy perfiles nítidos, que, creo no escaparán ya a nadie.

Por cierto, el término "generación" tiene, en historiografía de la cultura, alcance y atributos bien definidos. Mi primera impresión partió de la base provisional de que toda generación consiste en un grupo de escritores y pensadores formados sobre un caudal cultural más o menos común, orientados en un sentido más o menos convergente, y, sobre todo, marcados por problemas similares. En ese aspecto, se me ocurre que la presencia en una época dada de gente profunda y preocupada basta para que un tono generacional, por lo menos, exista. En cierto modo, la generación puede ser pensada como un pedazo natural en el proceso histórico de la cultura, aunque no fuere posible aplicarle los cánones sancionados.

Pero en el caso de la presente, creo que dichos cánones se satisfacen, al menos en lo fundamental; y espero que algo de ello quede, si no demostrado, mostrado en este corto y limitado —en más de un concepto— ensayo. Desde luego, la demostración que intento podrá ser redundante y hasta trasnochada para muchos, en especial los que siguen de cerca la actividad literaria de la metrópoli. Pero el panorama que arriesgaré quizá no sea inútil para vastos sectores, sobre todo del interior, que son primordiales en el pensamiento de estas páginas siempre, y en la intención inmediata de estas líneas.

Se trata, en verdad, de una generación riquísima; pocas veces se ha dado en nuestras letras un grupo tan numeroso de escritores y pensadores de

calidad y bagaje de tal modo notables. Se me dirá que muchos de ellos están todavía en germen o en potencia. Quizá. Pero lo que han hecho ya, las inquietudes que han promovido, y hasta el modo vital que asumen, transparentan una fuerza en la que puede tenerse fe. Y que, por lo que a mí respecta, despierta incluso entusiasmo: he aquí una generación, un movimiento, como el que desde hace tanto tiempo esperábamos. Por lo demás, ni soy lo suficientemente importante, ni tengo la envergadura "académica" necesaria para mostrarme indiferente, o para temer equivocarme...

Es ésta también una generación valiente y robusta, que ha sido capaz de imponerse por sí misma. Acaso la adversidad en que se ha forjado, el acrisolamiento en la hora difícil, le haya dado ese temple. Y no es esa circunstancia histórica lo único que permite tender un paralelo entre ella y la generación echeverriana.

Por supuesto, no ha llegado la hora del balance. Pero la Revolución del 55 es fecha sin duda importante, y hasta acaso decisiva, en el devenir de esta generación, que sin duda tendrá —como es de desear— un papel relevante en la reestructuración de la vida argentina que es necesaria. Por otra parte, creo advertir ahora cierto reordenamiento de filas, síntomas de toma de posición parcial que son distintas y quizá lleguen a ser antagónicas. Y, en tercer término, es preciso recordar que "generación" es más que nada impulso inicial, problemática y momento juvenil; después, prevalecerán lo personal, la dispar maduración, la orientación en rumbos diversos, la canalización por preocupaciones diferentes, aunque pueda mantenerse el paralelo general. Así, un panorama en esta hora crucial, una visión general de lo que es ahora y fué el movimiento generacional, puede ser no sólo no ino-

portuno, sino inclusive conveniente.

No hace falta insistir en que se trata de un mero panorama. No es solamente que soy un observador lejano, sino también que lo soy fragmentario. ¿Que cómo me atrevo entonces a este ensayo? Advértase, por de pronto, que esta palabra está usada más bien en el sentido de "tanteo" y que, como tal, importa un riesgo y una curiosidad. Soy consciente del primero, y lo corro con gusto: equivocado, daré lugar quizá a una rectificación que satisfaga la segunda. O a una discusión, que me parece interesante en este momento.

Por lo demás, pienso que la distancia geográfica puede equivale a la distancia temporal que, según dicen, es necesaria para casos como éste. Pienso que la ubicación marginal —en más de un sentido— me permite perspectivas más amplias. No sé si también objetividad: desde ya declaro mi adhesión hacia la nueva generación de mi tema.

Asimismo, las limitaciones que me reconozco quizá me hagan vislumbrar la realidad, no advirtiéndome, por ejemplo, las diferencias que hay entre actitudes u orientaciones diversas. Pero tal vez veo mejor al no advertirlas. La verdad es que no se me escapan muchas de esas diferencias: sé de polémicas, de discusiones, de disensiones. Pero lo que me interesa es el tono, la actitud general, los principales objetivos, el modo de hablar. Existe en esos aspectos ciertas semejanzas que abarca a todos o casi todos los integrantes de lo que llamo generación nueva. Y eso es lo importante.

Las dos generaciones más recientes

En la natural contemporaneidad las generaciones se entrecruzan; se dan interinfluencias, cierto juego intergeneracional, y hasta, en alguna medida, imbricaciones entre las

que aún están en vigencia. Sin desconocer esa labilidad, sin olvidar lo relativo de estos términos generales, pienso que un cotejo entre la nueva generación y la que se sitúa como inmediatamente anterior puede servir para refirmar la existencia de aquella, y destacar algunos de sus caracteres.

Todavía se discute, es cierto, sobre la realidad de esa generación anterior, que es "la del 40". Pero, por lo menos, hubo un grupo de no poca coherencia y cohesión, y, aunque se limite a él, el cotejo puede ser válido. Debo quizá aclarar que pienso en los números de "Canto" y en los nombres que mejor definieron el momento: Miguel A. Gómez, Enrique Molina, Daniel Devoto, Juan Rodolfo Wilcock, Roberto Paine, Alfonso Sola González, Carlos Alberto Álvarez, José M. Castiñeira de Dios, José M. Fernández Unsain, María Granata, Olga Orozco, etc. Dejo —provisionalmente al menos— los prosistas que alguna vez alguien ha incluido en "el 40". Y lo mismo figuras que me parecen indudablemente señeras, como las de Sábato, Barbieri y alguna otra.

No pensaba dar nombres entre "los nuevos", pero quizá se impone aquí la enumeración de algunos: Ismael y David Viñas, Noé Jitrik, F. J. Solero, Rodolfo Kusch, J. J. Sebrelli, Carlos M. Muñiz, Oscar Massotta, Adolfo Prieto, Hugo E. Lezama, Ernesto Schóo, Dessein, Adela Gigli, Rodolfo Borello, Héctor Bianciotti, etc. Y, desde luego, Murena. Pienso en revistas como "Contorno", "Ciudad", "Centro, y algunas otras.

Así alineadas ambas "generaciones", puede recordarse en primer término la diferencia de edad: el 40 nuclea a hombres nacidos entre 1910 y 1917, más o menos; el nuevo grupo abarca aproximadamente a nacidos entre 1920 y 1930. Aquellos comenzaron a hacerse notar desde 1935; éstos después de 1945. Y esta diferencia, como veremos más adelante, es de gran importancia.

En "el 40" hubo preeminencia del quehacer poético-lírico, y tuvo preponderancia casi exclusivamente lo literario. Piénsese, por ejemplo, en la declaración inicial de "Canto", y en la orientación de su crítica; piénsese en la forma literaria cultivada por los componentes del grupo. En contraste, la generación nueva se ha ma-

nifestado como más poderosa y original en el ensayo, y aun en la novela; su preocupación excede lo literario, y puede definirse más bien como una preocupación cultural total. Muchas veces lo literario aparece en ella como un medio; en la revisión histórico-cultural argentina que realiza, la obra literaria está vista fundamentalmente como síntoma. Piénsese, a este respecto, en la orientación general de "Contorno", o en las palabras de presentación de "Ciudad"; adviértase que el grupo comprende a estudiosos de la filosofía o de las artes plásticas.

La verdad es que "el 40" tuvo un programa literario y, en cierto modo, circunstancial; en cambio, la generación nueva se propone un programa mucho más amplio, y de raigambre y sentido revolucionario. Por otra parte, si "el 40" declaró una intención nacional, lo cierto es que no produjo novedades formales que tradujesen la búsqueda apasionada de la "existencia" argentina, central en el quehacer de la generación nueva. "El 40" no se volvió hacia el pasado argentino con el ansia crítica que alienta al grupo actual; ni esgrimió el denso bagaje técnico-cultural de que hace gala éste, formando esencialmente en torno de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Quizá la generación del 40 pueda caber dentro de la calificación de "cumulativa" —pienso, sobre todo, en su actitud respecto de las generaciones y personalidades literarias anteriores que, en general, acataban—; sin duda, la generación nueva es decididamente revolucionaria, reacciona contra la gente del grupo "Martín Fierro" y sus adyacencias. Quizá no sea inconsulto señalar que "el 40" tiende a la prescindencia cívica, o hacia la aceptación de la organización vigente; en cambio, la generación nueva, comprometida y apasionada, es inconformista, revolucionaria, con muchas veces activa participación política.

Aquí, y en conclusión, cabe recordar la diferente formación y circunstancia de las dos generaciones que confrontó; entre 1935 y 1940 no habían ocurrido cosas de la magnitud de la guerra, de la dictadura argentina, de Sartre y el existencialismo, de Camus, de Faulkner, y tantas otras que, o no existían o no habían alcan-

zado el vigor posterior. Fué en este vigor que se formó la generación nueva. Voy a aclarar: es cierto que "el 40" regía ya cuando el primer choque con la dramática realidad mundial y argentina; pero quizá las favorables condiciones anteriores —reales o aparentes— inclinaron a muchos de los componentes de ese grupo hacia el pesimismo, la amargura pasiva, la desesperada resignación. Por el contrario, el grupo nuevo, nacido en pleno dramatismo, reaccionó hacia la lucha, la amargura activa, la desesperación beligerante.

No es necesario insistir, creo, en que todo esto es relativo, limitado, y muchas veces individual. Pero puede servir como base de comparaciones generales. Sólo en ese sentido he querido usarlo.

Intento de caracterización

Quizá no sea del todo descaaminado señalar que la generación nueva tiene una fundamentación ante todo moral. De ahí su preocupación y angustia por el hombre pleno, en su realidad total; de ahí su evidente ansia de co-participación en el drama humano, de compasión. Se explica por esto también su no menos notorio anhelo de asumir la realidad, de llegar a una sinceridad y franqueza desnudas.

Creo que es ésa también —además de la constante inseguridad espiritual del argentino— la explicación de su profunda preocupación por lo nacional: hay en estos jóvenes una honda vivencia de la totalidad popular, una conciencia dramática de su raigambre argentina en plenitud. Se sienten responsables, y reaccionan contra el puritanismo, la prescindencia, la indiferencia, la "torre de marfil", el "espectadorismo" (venga la palabra), el snobismo, la presunción. Comprenden la artificiosidad de una actitud intelectual pura, ansían una "experiencia argentina" total. No sé si todos, pero muchos de ellos tienen incluso lo que yo llamaría "el pudor de Buenos Aires", el delicado temor de obliterar la realidad argentina por estar en la metrópoli, la incertidumbre de la autenticidad porteña. De ahí su atención al interior, su anhelo de una integración nacional más funcional y auténtica.

Define en gran medida a la

generación nueva su afán crítico, su aspiración de un revisionismo sano, veraz, valiente, total, su búsqueda de testimonios argentinos en el pasado y en la obra de escritores nuevos. También la define su reacción contra Borges, principalmente por haber eludido el gran compromiso que le atañía: contra Maileá, por cierta inautenticidad fundamental. En cierto modo, puede decirse que parten de Martínez Estrada, ante todo por su coraje de asumir nuestra realidad, su despreciado bisturí, aunque repletado de puritanismo; aceptan a Arlt, por su natural sinceridad, por su complejidad profunda.

Las vías de expresión del nuevo grupo son, esencialmente, el ensayo y la novela. Aquél, por su necesidad de decir las cosas, de estudiar la realidad, de crítica y revisión. Esta —más aspiración que realidad, aunque existen logros magníficos, como "Cayó sobre su rostro" de David Viñas—, por su plenitud problemática, por su expresión psicológica y social, por su densidad temporal.

En cuanto al verso, resalta en él un hondo dramatismo, un intenso contenido humano, una sangrante vibración, que hace pensar en un neorromanticismo que a la vez fuera neorealismo. Ello por la sinceridad, el primordialismo expresivo, el desborde sobre la forma —que de tal modo distancia esta generación de la del 40—. No todo es logro en la expresión lírica de la nueva generación; pero no faltan ejemplos de notable poderío.

Me parece redundante hablar sobre los maestros e inspiradores de esta generación. Ya se ha citado la dramática realidad que fué su resorte, ya se han mencionado nombres que —incluso aquellos contra los cuales la juventud de estos muchachos reacciona— han dejado algún fermento en sus espíritus. Ya he dicho de la importancia que asume la Facultad: en ella hubo, sin duda, maestros directos o indirectos; entre otros, se mencionan los nombres de Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, acaso el grupo de Amado Alonso, quizá Fatone y algún otro nombre; no sé si recordar la posible influencia de otros grandes filósofos americanos, como Korn y hasta Vaz Ferreira. No es imprescindible recordarlos como "Real-

dad", que alguien ha señalado como muy importante, "Sud", etc. Todo esto sumado a las figuras y obras de alcance universal de las que he mencionado algunas.

¿Diferencias entre los integrantes de la generación? Muchas. Las hay entre quienes ponen en primer término "nuestra realidad", y los escritores más puramente preocupados por la literatura pura (entre los que caben quizá los "invencionistas" de filiación hildobriana). Las hay entre los que se inclinan hacia soluciones metafísicas y aun místicas, y los que se ciñen a una realidad más objetiva. Hay, desde luego, diferencias de credo religioso y de orientación política. Y por supuesto, muchas otras.

La pregunta que sobreviene es ésta: ¿Qué divergencias van a ir asomando, y cómo? ¿Qué destino tendrán? ¿Se centrarán en lo ideológico, en lo estético, en lo religioso? ¿En la acción militante frente a la concentración artística?

Mucho de ello se insinúa ya. Por eso no creo de más esta revisión general si que provisorias.

El interior

¿Y qué papel cumple en este panorama la gente del interior?

Ya he dicho la atención de por lo menos mucha gente de la metrópoli, dentro de esta generación hacia las provincias. Podría agregarse que varios son los centros y núcleos provincianos que, vinculados o no directamente con Buenos Aires, han puesto de relieve preocupaciones y posibilidades de verdadero interés.

No voy a entrar, por ahora, en este aspecto de mi tema. Sólo señalaré una nota: en general, los escritores y pensadores del interior, ya fueren nativos, ya sólo madurados en provincias, guardan profunda similitud con la generación nueva. Aunque pertenezcan a una edad más avanzada que los componentes del grupo metropolitano. Y esto quizá porque los problemas nacionales y humanos que fueron el resorte de ese grupo, se revelan con mayor nitidez, y desde más antiguo, que en Buenos Aires.

Pero la profundización en este punto me llevaría mucho más tiempo y espacio del que por ahora dispongo. Quizá más adelante volvamos sobre el particular.

LIBRERIA Y PAPELERIA

Sarmiento

Ofrece a su Clientela

Créditos en

10 Mensualidades

de su extraordinario surtido que comprende las siguientes Editoriales:

- ★ Espasa Calpe
- ★ Losada
- ★ Argos Española
- ★ Peuser
- ★ Ed. Bell
- ★ Editorial Aguilar
- ★ Ed. Janet Editores.
- ★ Emecé
- ★ Jackson
- ★ Sudamericana
- ★ Argos Argentina
- ★ Atlántida
- ★ Sopena

Librería
Sarmiento

Rivadavia 626 Tel. 352
Catamarca

LUIS VARELA LEZANA

Es notable en los artistas plásticos catamarqueños —y quizá esta observación pueda hacerse extensiva a todos los del norte, pues obedecen a una cosmovisión que comprende toda la región verdaderamente "interior" del país—, el modo inme-



VARELA LEZANA

diato y poderoso con que expresan la realidad espiritual del pueblo de que proceden. Acaso la explicación radique en que ese espíritu popular es en nuestra tierra particularmente coherente, firme, y lo llevan nuestros hombres, por así decirlo, a flor de piel. Y acaso también en que el hombre de nuestras regiones siente, de manera muy inmediata, activa, dramática incluso, su contorno vital. Y si esto ocurre en el hombre común, no puede por menos de ocurrir también, y en modo eminente, en el artista, que es precisamente la vibradora antena que capta y expresa y valoriza ese espíritu.

Lo catamarqueño —se ha dicho en más de una ocasión— se da como juego de una polaridad: fuego interior y contención externa. Véase a dos catamarqueños bailar la zamba, manifestación magnífica de sereno y emoción: piénsese en el estallido de pasión que a menudo arrebató a nuestras gentes, por lo común tan serenas que

se las toma por apáticas.

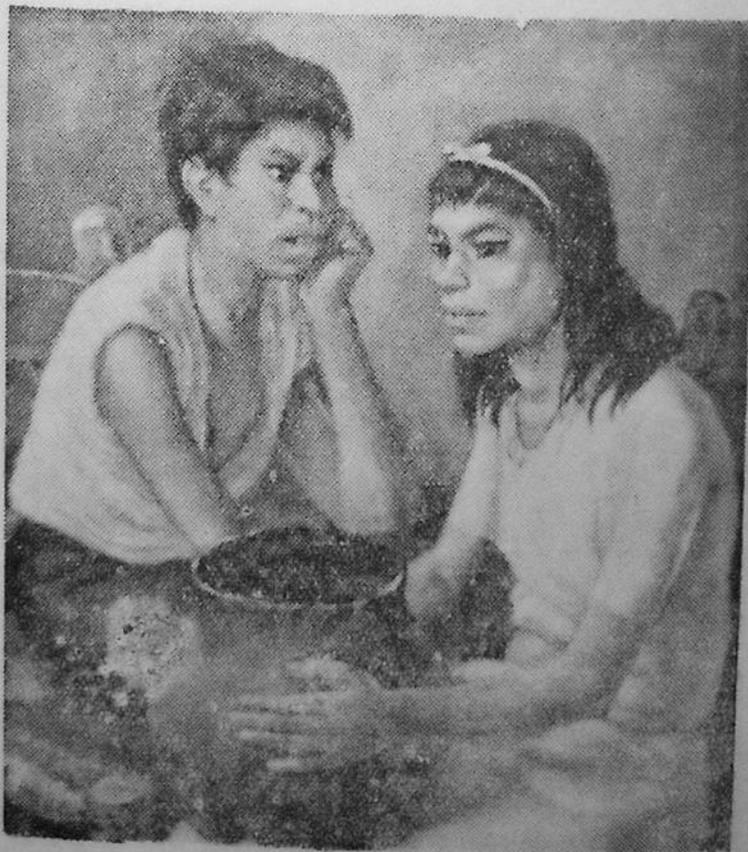
Esa doble posibilidad de nuestro temperamento tiene su peculiar expresión plástica. Sin ir más lejos, compárese la escultura señorial y contenida de Gray, con la exaltada y expresionista de Hernando Dalla Lasta. Esto sin olvidar que uno y otro son capaces de expresar, de por sí, y en diversas obras, el otro extremo del dualismo regional.

Frente a la obra de Luis Varela Lezana, obra extensa y ya calificada por la crítica de diversos puntos de nuestro país, no es posible eludir estas reflexiones. Como pocos, Varela encarna y da testimonio de lo popular, apasionado, pues lo es, por los tipos, las alegrías y las penas de nuestro pueblo. Y como en pocos, en Varela está la expresividad directa, fuerte, muchas veces primaria o elemental, de lo catamarqueño. Es decir, que en tema y en estilo, Varela es ejemplo típico

de lo que venimos afirmando sobre el arte plástico de nuestra provincia.

Desde luego, no se le pida sujeción a cánones y mandamientos clásicos. No sólo porque es autodidacto, sino especialmente por temperamento, escapa Varela a clasificaciones escolásticas y a rigorismos constructivos. Su exaltación romántica, su poderoso brío interior, es a menudo incontenible desborde emotivo que se despreocupa de detalles y que distorsiona gestos y actitudes.

Alguna vez podrá reprochársele esos aparentes descuidos; pero no se deben a incapacidad plástica, sino al apresuramiento por no dejar escapar el rasgo fundamental, al interés apasionado por el detalle dominante. Por eso —y ya lo hemos dicho más de una vez—, Varela deriva hacia un expresionismo personal y potente, vibrante y "comprometedor", en el sentido de que no per-



"CHICOS DE ANILLACO" (óleo).



"CARNAVAL DE BELEN" (óleo).

mite la indiferencia de quien contempla sus creaciones.

Quizá donde mejor se revela ese expresionismo nativo de Varela sea en sus composiciones, en esas telas de grandes dimensiones que retratan momentos fundamentales de la vida de nuestro pueblo: carnavales, misas-chicos, bailes, reuniones populares. Telas de movimiento multitudinario y sinfónico, de gestos y colores llameantes, tienen algo que recuerda a los fresquistas mexicanos, y hacen pensar en la posibilidad de un logro expresivo nuevo, auténticamente americano —de nuestra América, esta América interior y dramática de que Catamarca es tan rico brote—.

El expresionismo —más en germen que en realidad cristalizada— que descubrimos en Varela, es siempre fuerte, intenso, violento. Lo traspasa cierto pesimismo, cierta concepción vital amarga en la que no deja de haber algo racial y primitivo. De ahí esos rasgos crudos, y casi caricaturescos, que se destacan en las composiciones; y que, sin apartarse de las concepciones pictóricas tradicionales, aportan al estilo

de Varela un poderoso aliento de modernidad.

El temperamento de Varela, como no podía ser menos, halla en el color su lenguaje propio. Por cierto, esta afirmación no implica menoscabar su dibujo, que, muy por el contrario, es ágil, melódico, rico. Pero los tonos fuertes, de intensidad dramática, en oposiciones violentas, forman lo mejor de su repertorio plástico. En momentos tales es cuando la expresión directa de Varela se hace más original y poderosa. Pero a menudo también el color se sutaliza en él, y logra creaciones de lirismo muy fino, delicado, tembloroso.

Y por este rumbo derivamos hacia el dualismo catamarqueño que también se cumple en Varela. Está expresado muy significativamente en sus figuras y composiciones: el fondo, paisaje, es tratado con delicadeza extrema, con suave y soñadora poesía; en las figuras, en cambio, predomina el realismo, la dramática comprensión de almas, angustias y nostalgias.

Porque he aquí que Varela —y en ello debe verse una

nueva manifestación de lo catamarqueño popular que lo informa— es notable la preocupación por el hombre, por el hombre concreto e inmediato que constituye su tema. Por eso la notable predisposición que hay en Varela para el retrato, y los certeros logros obtenidos en este aspecto. Los retratos, figuras y tipos de Varela constituyen una nutrida y riquísima galería de seres entrañables, transidos de profunda emoción, densos de verdad vital. Serenos y augustos, son los ojos, esas miradas hondas, ya lejanas, ya próximas, las que delatan su angustia su resignación, su poesía, su intensa vibración humana. Y no es menor la ternura de que es capaz este espíritu fuerte para pintar muchachas y niños. Varela ha expuesto en Catamarca en Tucumán, en Buenos Aires, en Mar del Plata; en todas partes ha recogido elogios, en todas partes ha atraído la atención su búsqueda de la realidad espiritual nuestra, del matizado y vivaz paisaje argentino, de nuevos caminos para su inquietud expresiva.

El "Lázaro Resucitado" de Carlos B. Quiroga

He aquí un libro singular en la literatura argentina, como bien lo señala ese maestro de generaciones que es don Roberto Giusti, en el notable y profundo prólogo que le dedica. Sí, libro singular, señero; desde luego, y en primer término, por su excelsa calidad literaria y humana. Pero también por su forma, y por su tema.

El tema bíblico es una de las grandes piedras de toque del escritor universal. Allí afloran lo humano y lo sobrehumano, la magia de lo cotidiano y el misterio de lo desconocido; el tremendo prodigio del espíritu; los problemas de la conducta, de la libertad y de la responsabilidad del hombre. Todo ello bañado por la luz de emoción sublime de la tragedia más conmovedora que ha vivido la humanidad. Es tema para el escritor ya en madurez y hondura definitiva, cuando, en la paz, la bonhomía, la serenidad del espíritu —únicos modos con que es posible tratar el drama inmortal—, lleno de vigor y autoridad el pensamiento, se contempla el mundo como desde la cima de un otero. Tal el caso de este noble y generoso don Carlos B. Quiroga, a quien cuantos luchan en Catamarca en la dura brega del quehacer espiritual respetan —no, mejor: aman—, por el bien de bondad y de belleza con que supo hacer florecer la circunstancia y el ser catamarqueños. Este rico y conmovido don Carlos, allá, en su retiro, en la soledad poblada de que alguna vez hablo, creo. Unamuno: soledad meditativa, visitada por la luz del espíritu y de la verdad, poblada por los seres profundos y desgarrados que su propia alma alimenta.

En esa soledad, cima ya de la instancia humana, han madurado los seres entrañables y transidos que pueblan esta historia. Para revivirlos, menester es un alma templada de humanidad. Como ésta de don Carlos, que ha buceado —para no recordar sino las etapas cruciales de su larga singladura

por la estremecida palpitación humana— en las almas primarias de nuestros montañeses, en la compleja textura de los altos especímenes raciales, en las ricas conexiones que existen entre el hombre y su contorno físico y social. Ahora, en la natural proyección de su ciclo, llega don Carlos a estas almas esenciales de su última obra. Dejando momentáneamente al margen otras observaciones, señalemos que esto prueba una vez más la radical concomitancia que hay entre lo regional (lo personal y su vital en torno) y lo universal.

Una opinión mucho más autorizada que la mía —la del maestro Giusti que he recordado—, ha dicho ya de la autenticidad sangrante de la reviviscencia que efectúa Quiroga; y ha señalado incluso que en nada ceden —y aún más, las superan— a las recreaciones de Lagerkvist o de Claude— André Puget y Pierre Bost, para sólo citar las más recientes y celebradas. Desde luego, los modos con que Quiroga interpreta a Lázaro, Barrabás y Judas —sus tres personajes principales—, podrán ser objeto de controversias. Pero, aparte de que esa posibilidad habla mejor que nada de la profunda humanidad de esas interpretaciones, la verdad es que se trata de tipos esenciales; y son los tales verdaderos filones de humanidad, de los que un espíritu profundo puede extraer riquísimas y diversas incitaciones de validez humana total. Por cierto, el análisis de Quiroga es más de novelista que de exégeta: le interesan ante todo los motivos humanos, la maraña de entrañables resortes psicológicos, errados o no en cuanto decidió la conducta de los personajes, pero válidos de cualquier modo. Quiero decir: una interpretación exegética ortodoxa podrá disentir con Quiroga; pero en modo alguno podrá decir que éste violenta la posible fundamentación humana de los distintos seres que aquí pinta. Por lo que a mí respecta, y limitándome a esta consideración, creo

que el Judas, el Lázaro y el Barrabás de Quiroga tienen una complejidad humana superior a las que sugieren las explicaciones tradicionales y literarias que conozco. Y, por otra parte, por modo extraño la esencia final de los tres personajes no disiente con la versión evangélica: he aquí, por ejemplo, que Judas actuó, principalmente, por su incompreensión del verdadero mensaje y del verdadero reino que Jesús anunciaba. Por lo mismo, subrayamos la opinión del profesor Giusti: el autor, que ha partido de los Evangelios para soltar en seguida el vuelo de su imaginación creadora, "concluye por descansar de nuevo en los Evangelios en cuanto son doctrina de paz y de fortaleza moral". No podía ser de otro modo: la intención de Quiroga ha sido, me parece, sobre un fondo de dolorido escepticismo humano, afirmar las verdades últimas y esenciales: las de que el mensaje divino y la estructura total de la verdad reposan sobre la caridad y el amor. Idea muy del novelista Quiroga. Idea que está, desde luego, en la comprensión profunda y trascendente del cristianismo. Y sobre que animó el análisis y la interpretación que hace Quiroga, incluso de los malvados: análisis, en esencia, de caridad cristiana.

Debe señalarse, también que el poderío de la intuición creadora de Quiroga se levanta, como lo he dicho en otro lugar, sobre un acendrado conocimiento de la verdad histórica. Sus personajes no son gratuitos: son judíos del primer siglo. El discurrir del relato lo muestra en múltiples ocasiones: hubo una profunda y cuidadosa preparación histórica (¿a qué novelista verdadero no le interesa la historia?) en Quiroga, y desde ella remonta su poderoso genio vivificador de realidades humanas.

Ese cuidado profundo, y esa maravillosa intuición, se revelan no sólo en la exposición del pensamiento hebraico de ese tiempo, sino también en la

magnífica reconstrucción de países y ambientes: están ahí la luz fuerte, el paisaje ceniciento, los porvorientos caminos, el brillo oriental, la delicada paz hogareña, que los relatos evangélicos sugieren. En más de un momento de esta hermosa narración de Quiroga, nos hemos acordado de las mágicas "Figuras de la Pasión del Señor", de Gabriel Miró.

Pero quizá corresponda señalar, como diferencia bien significativa, que las impresiones son logradas por Quiroga con mayor sobriedad, con menor mayor ímpetu de elementos. Y esto nos lleva como de la mano a otra diferencia: la de lenguaje. Quizá en Miró resulte más ornamental, con más brillo externo, con más lujo verbal; pero en Quiroga tiene mayor gravedad mayor densidad, y hasta mayor riqueza interior.

Y aquí llegamos a un punto que quiero destacar como correspondiente: la lengua de Quiroga es, en gran medida, la lengua de la Argentina interior, la lengua catamarqueña cuya potencialidad creadora nadie como él ha sabido explotar y valorizar. Un idioma profundo y conciso, maduro de tiempo y de virtualidad expresiva, parecido a la lengua poderosa y matizada de un Sarmiento, o de un General Paz. Por todo ello, el estudio de la lengua de Carlos B. Quiroga es un tema apasionante: algún día nos hemos de entregar a él de lleno.

Mientras tanto, estas líneas —que acaso sean totalmente prescindibles frente a otras muy autorizadas que este libro impar ha promovido—, sirvan como expresión del tributo que "Árbol" —en cuanto traduce de algún modo la espiritualidad catamarqueña—, y el autor de esta nota en particular, rinden al gran creador. Tributo de admiración; y más todavía, de gratitud, por todo lo que nos ha dado como catamarqueños, como argentinos como enamorados de la verdad y de la belleza.

Editó Raigal, Buenos Aires, 1955.

F. E. Pais

—oOo—

Federico J. Peltzer, **TIERRA DE NADIE**. Editorial Emecé, 1955.

El autor de esta obra —premiada en el segundo Certamen Literario de la Editorial Emecé— posee dotes no desdeñables para el cultivo de la novela. Dueño de una prosa limpia y

ágil, sabe lograr interés en el relato, así como dosificar los análisis subjetivos —mecánicos hábilmente en el curso narrativo—, lograr el ritmo dramático allí donde conviene, y crear esa impresión de paisaje o de una hora del día, que es mucho más eficaz que una larga descripción, siempre anodina. Y hasta domina el arte de crear personajes vivos, que ganan la simpatía del lector. Entre ellos, el Padre Santiago, de profunda y humana sabiduría; y el mismo Juan, protagonista del relato, adolecente de pureza y de angustia fundamentales. Desde luego, así lo reclamaban el tema y la intención del relato: esta "tierra de nadie" es la adolescencia, escenario desamparado donde se batían fuerzas encontradas, momento de supremo choque entre la pureza y la dura realidad de una vida brutal, que aquí termina en el desastre desgarrador.

Sin embargo no puede decirse que esta novela sea un efectivo logro. Para ser un retrato abstracto del drama de la adolescencia, adolece de cierta ingenuidad; carece, a mi juicio, de la profundidad trepidante que hubiera sido necesario. No ha sido ese retrato abstracto, creo, la intención del autor: pienso que ha querido reflejar el drama de un adolescente nuestro, argentino, concreto e inmediato. Pero, en tal sentido, peca precisamente de abstracción. El personaje de Juan tiene sólo algo de argentino real y concreto, pero nada más que algo. Y eso no basta. No hay en esta novela la verdadera palpación de los muchachos nuestros, que viven también ese drama —de un modo profundo, oculto y muchas veces ignorado por ellos mismos—, pero lo viven con una singularidad que Peltzer no ha captado. Su Juan nos hace acordar de aquellos niños que pintaban algunos novelistas románticos niños en los que nosotros, en nuestra infancia, añorábamos la falta de realidad, de vivencia parecida a la nuestra. Ciertos diálogos, ciertas actitudes ciertos pensamientos de este muchacho argentino, son inaceptables en el muchacho argentino. Lo mismo podemos decir de no pocas situaciones de la novela. Y si a ello agregamos la vaguedad del contorno natural y humano en que ésta se sitúa, concluimos en que las buenas apti-

tudes que manifiesta Peltzer están también, por ahora, en abstracto en teoría, en pro-mesa. No basta poseer buena técnica para crear una auténtica novela: hay que bajar a los infiernos, y desde ellos emerger con la dolorosa verdad. De nada vale que nuestro propósito consista en una novela idealizada; aun para ello, el periplo infernal es necesario. Quizá Peltzer lo intentó; pero nada de ello se advierte en su novela. Acaso sea porque eligió un tema demasiado lejano a su propia realidad. Cuando afronte directamente a ésta —que no será menos interesante aunque sea menos exótica... y menos tópica—, las buenas cualidades que revela cuajarán en un logro efectivo.

F. E. Pais

—oOo—

Raúl R. Madueño, **MAS VOCES PARA UN LEXICO**. Buenos Aires, 1955.

Hace poco más de dos años, nuestro comprovinciano dió a la estampa su "Léxico de la bocharrachera". No sólo por constituir esa obra un valioso aporte para el mejor conocimiento de nuestra rica habla y sus variantes en toda América sino también por la fresca y colorida gracia del acervo recogido, la crítica nacional y extranjera brindó grata acogida al ponderable esfuerzo. No menor interés tiene el folleto que ahora comentamos, y que sirve de complemento al volumen aludido. Recorriéndolo, el espíritu recibe un saludable baño en la riqueza, en el retozo, en la espontánea emanación creadora, que es la expresión popular: hay allí vocablos pintorescos, algunos francamente rípicos, y no pocos teñidos de cierta magia, de cierto misterio que no puede por menos de atraer poderosamente. Como bien lo dice el autor en las palabras prologales, su obra puede ser punto de partida de muchas otras investigaciones, especialmente aquellas que procuran "acercarse al corazón del pueblo, que se muestra impío y espéndido en estos declives ingenuos, pero cabales, frescos y permanentes".

La verdad es que, con el "Léxico" original y con esta edición, el señor Madueño ha trabajado exhaustivamente el vocabulario que gira alrededor de

magnífica reconstrucción de paisajes y ambientes: están ahí la luz fuerte, el paisaje cenceño, los porvenirientos caminos, el brillo oriental, la delicada paz hogareña, que los relatos evangélicos sugieren. En más de un momento de esta hermosa narración de Quiroga, nos hemos acordado de las mágicas "Figuras de la Pasión del Señor", de Gabriel Miró.

Pero quizá corresponda señalar, como diferencia bien significativa, que las impresiones son logradas por Quiroga con mayor sobriedad, con menor despliegue de elementos. Y esto nos lleva como de la mano a otra diferencia: la de lenguaje. Quizá en Miró resulte más ornamental, con más brillo externo, con más lujo verbal; pero en Quiroga tiene mayor gravedad mayor densidad, y hasta mayor riqueza interior.

Y aquí llegamos a un punto que quiero destacar como corresponde: la lengua de Quiroga es, en gran medida, la lengua de la Argentina interior, la lengua catamarqueña cuya potencia creadora nadie como él ha sabido explotar y valorizar. Un idioma profundo y conciso, maduro de tiempo y de virtualidad expresiva, parecido a la lengua poderosa y matizada de un Sarmiento, o de un General Paz. Por todo ello, el estudio de la lengua de Carlos B. Quiroga es un tema apasionante: algún día nos hemos de entregar a él de lleno.

Mientras tanto, estas líneas —que acaso sean totalmente prescindibles frente a otras muy autorizadas que este libro impar ha promovido—, sirvan como expresión del tributo que "Árbol" —en cuanto traduce de algún modo la espiritualidad catamarqueña—, y el autor de esta nota en particular, rinden al gran creador. Tributo de admiración; y más todavía, de gratitud, por todo lo que nos ha dado como catamarqueños, como argentinos como enamorados de la verdad y de la belleza.

Editó Raigal, Buenos Aires, 1955.

F. E. País

—oOo—

Federico J. Peltzer, **TIERRA DE NADIE**. Editorial Emecé, 1955.

El autor de esta obra —premiada en el segundo Certamen Literario de la Editorial Emecé— posee dotes no deudables para el léxico de la novela. Bueno de una prosa limpia y

ágil, sabe lograr interés en el relato, así como dosificar los análisis subjetivos —mecánicos hábilmente en el curso narrativo—, lograr el ritmo dramático allí donde conviene, y crear esa impresión de paisaje o de una hora del día, que es mucho más eficaz que una larga descripción, siempre a nivelística. Y hasta domina el arte de crear personajes vivos, que ganan la simpatía del lector. Entre ellos, el Padre Santiago, de profunda y humana sabiduría; y el mismo Juan, protagonista del relato, adolecente de pureza y de angustia fundamentales. Desde luego, así lo reclamaban el tema y la intención del relato: esta "tercera de nadie" es la adolescencia, escenario desamparado donde se batían fuerzas encontradas, momento de supremo choque entre la pureza y la dura realidad de una vida brutal, que aquí termina en el desastre desgarrador.

Sin embargo, no puede decirse que esta novela sea un efectivo logro. Para ser un relato abstracto del drama de la adolescencia, adolece de cierta ingenuidad; carece, a mi juicio, de la profundidad trepidante que hubiera sido necesario. No ha sido ese retrato abstracto, creo, la intención del autor: pienso que ha querido reflejar el drama de un adolescente nuestro, argentino, concreto e inmediato. Pero, en tal sentido, peca precisamente de abstracción. El personaje de Juan tiene sólo algo de argentino real y concreto, pero nada más que algo. Y eso no basta. No hay en esta novela la verdadera palpación de los muchachos nuestros, que viven también ese drama —de un modo profundo, oculto y muchas veces ignorado por ellos mismos—, pero lo viven con una singularidad que Peltzer no ha captado. Su Juan nos hace acordar de aquellos niños que pintaban algunos novelistas románticos niños en los que nosotros en nuestra infancia, añorábamos la falta de realidad, de vivencia parecida a la nuestra. Ciertos diálogos, ciertas actitudes ciertos pensamientos de este muchacho argentino son inaceptables en el muchacho argentino. Lo mismo podemos decir de no pocas situaciones de la novela. Y si a ello agregamos la vaguedad del contorno natural y humano en que éste se sitúa, concluimos que en que las líneas aplicadas que manifiesta Peltzer están también, por ahora, en abstracto en teoría, en práctica. No basta poseer buena técnica para crear una auténtica novela: hay que bajar a los infiernos, y desde ellos emerger con la dolorosa verdad. De nada vale que nuestro propósito consista en una novela idealizada: aún para ello, el periplo infernal es necesario. Quizá Peltzer lo intentó; pero nada de ello se advierte en su novela. Acaso sea porque eligió un tema demasiado lejano a su propia realidad. Cuando afronte directamente a ésta —que no será menos interesante aunque sea menos exótica... y menos tópica—, las buenas cualidades que revelan la cuajarán en un logro efectivo.

F. E. País

—oOo—

Raúl R. Madueño, **MAS VOSES PARA UN LEXICO**. Buenos Aires, 1955.

Hace poco más de dos años, nuestro comprovinciano dió a la estampa su "Léxico de la borrachera". No sólo por constituir esa obra un valioso aporte para el mejor conocimiento de nuestra rica habla y sus variantes en toda América sino también por la fresca y colorida gracia del acervo recogido, la crítica nacional y extranjera brindó grata acogida al ponderable esfuerzo. No menor interés tiene el folleto que ahora comentamos, y que sirve de complemento al volumen aludido. Recorriéndolo, el espíritu recibe un saludable baño en la riqueza, en el retozo, en la espontánea emanación creadora, que es la expresión popular: hay allí vocablos pintorescos, algunos francamente resocajantes, y no pocos teñidos de cierta magia, de cierto misterio que no puede por menos de atraer poderosamente. Como bien lo dice el autor en las palabras prologales, su obra puede ser punto de partida de muchas otras investigaciones, especialmente aquellas que procuran "acercarse al corazón del pueblo, que se muestra impío y espléndido en estos decires ingenuos, pero cabales, frescos y permanentes".

La verdad es que, con el "Léxico" original y con esta edición, el señor Madueño ha tratado exhaustivamente el vocabulario que gira alrededor de

tan gracioso motivo, especialmente en lo que respecta a los modismos hispanoamericanos. Pero no ha eludido la referencia a los que proceden de otros países, principalmente España; y ello es sin duda valioso para la investigación más específicamente lingüística. Tanto en el presente opúsculo como en la obra a que complementa, la anotación léxica suele acompañarse del recuerdo de coplas, sentencias y refranes; y así cumples también una valiosa aportación para el estudio folclórico.

De muchas obras como éstas, que ofrecen material de primera mano o de recopilación, pero siempre auténtico, necesita nuestra indagación idiomática y folclórica. Por eso cumple el aplauso más caluroso para la noble inquietud y el generoso y amable espíritu del señor Madueño.

F. E. País

Emilio Carilla, LENGUA Y ESTILO EN EL "FACUNDO". Tucumán, 1955

Una necesidad imperiosa, en-

Profesionales

ABOGADOS

Dr. RICARDO HERRERA

Abogado
Maipú 935 — Tel. 96
Catamarca

ESCRIBANOS

RAMON R. DEL V.
SALMAN

Escribano Público Nacional
Sarmiento 914 — Tel. 392
Catamarca

MEDICOS

Dr. HECTOR REYES
ORIBE

Atiende de 9 a 12 y 17 a 20
San Martín 784 — Tel. 292
Catamarca

QUIMICOS

Dr. M. VICENTE ROBIN

Bioquímico - Análisis
Tucumán 564 — Tel. 465
Catamarca

tre nosotros, es la de estudiar la lengua de nuestros grandes escritores, especialmente nuestros clásicos. En primer término, por un interés literario: ese estudio puede desentrañar valores expresivos que desconocemos, o de los que no nos percatamos. En segundo lugar, por el interés que para nuestra historia idiomática tiene el conocimiento de los estudios del español americano. El conocimiento histórico de la lengua conduce al de los estados de almas colectivos al buceo en la riqueza espiritual popular. En modo alguno el español americano merece las tachas que se le han endigado: es, en verdad, una rica modalidad del español eterno, un nuevo y valioso brote de la cepa hispánica. Pero su conocimiento no nos será dado mientras no indagemos la lengua de nuestros artistas, historiadores, memorialistas; tarea que las Facultades de Filosofía y Letras, que podrían hacerlo, no han encarado con seriedad hasta hoy.

En ese noble sentido se orienta este breve trabajo del profesor Carilla, que como todos los suyos, está pleno de autoridad, de seriedad, de concisión y rigor científicos. Como bien lo señala él mismo en la introducción, carecemos en nuestro país de buenas ediciones críticas, trabajo metódico y largo que generalmente se elude con bastante ligereza y desaprensión. Y se me ocurre que estas observaciones de Carilla bien podrían servir de base a una edición crítica del "Facundo" que realmente lo fuera.

En su análisis estilístico, Carilla destaca la militancia de Sarmiento tanto en la acción como en la literatura; y afirma que el examen de su estilo permitirá descubrir una riqueza de matices que los trazos gruesos y rotundos de su personalidad histórica a menudo veían. Luego de subrayar la unidad de estilo que hay en el "Facundo", apunta con certera penetración que Sarmiento se caracteriza por la "pesadez de arranque y la rapidez de peso". Ejemplifica la espontaneidad sarmientina, su constante diálogo vivo con el lector; y, como lógica consecuencia, la predominancia de formas del lenguaje oral. Señala los párrafos movidos por cláusulas interrogativas y admirativas, y

marca el antitético uso de la polisíndeton y de la eípsis. Recuerda que, como "revolucionario de la lengua", Sarmiento hizo entrar en ella materiales diversos, puros y espurios; destaca su urgencia expresiva, y el arrebató que le lleva a la creación de vocablos. Con notable agudeza, descubre Carilla, frente a la musculatura de la prosa sarmientina, rasgos conmovedores de delicadeza y de sutil emoción. No olvida poner de relieve el extraordinario acierto de retratos y descripciones, efectuados con poquísimos rasgos —y que, agradece, remiten al gusto que Sarmiento siempre manifestó por la pintura—; y, entre otros secreteos estilísticos —verbigracia, el uso acertadísimo del artículo—, anota la abundancia de arcaísmos, que el mismo Sarmiento explicó como propios de su lengua americana interior.

En cuanto a los tan comentados "defectos" de Sarmiento, Carilla apunta que no es posible hablar en propiedad de ellos mientras no se cuente con ediciones bien expurgadas y cuidadas; pero concede que entre ellos pueden considerarse algún exceso en el uso de enclítico sobre participios, y cierta falta de precisión de algunos pasajes —aunque esto es, desde luego, un defecto romántico más que peculiar de Sarmiento—. Por lo que se refiere a los tan vapuleados "galicismos", Carilla insiste en que no son tantos como se cree y afirma.

De todos modos, con Sarmiento tenemos el "primer escritor argentino de estilo", como ya lo anunciara Lugones. En palabras finales de Carilla: "Es Sarmiento el primer escritor con estilo. Aquél que deja una huella honda, una presencia rebelde que desordena valores comunes del idioma. Manduras mostrencas de la lengua. Aquél que infunde a la lengua "un tinte americano, argentino, gaucho". Tinte que el propio Sarmiento veía en Domingo de Oro. Aquél que abre un camino nuevo que no podrán olvidar los que posteriormente hablen de lo argentino o lo nacional en nuestra literatura".

F. E. País

Algunas Opiniones Acerca de "Arbol"

Del doctor **Carlos B. Quiroga**

Lomas de Zamora, 7/XII/955.
Señor Pbro. Don Ramón Rosa
Omos Distinguido comprovinciano y
amigo:

He leído totalmente, sin menosprecio de una sola línea, el 2º N° de "Arbol", que acrecienta las excelencias del 1º, y con mucho. ¡Qué regocigo intelectual promueve la revista en el lector! Es, sin duda, una de las más interesantes del país. El editorial, "El Patrimonio de la Libertad" es un artículo de pensamiento denso, de desarrollo firme y seguro, de prosa elegante, vigorosa y perfecta. Sustancial y correctísimo —y sobre todo conmovedor para todo catamarqueño— es el artículo siguiente, sobre los cinco diques del este de Catamarca; totalmente intere-

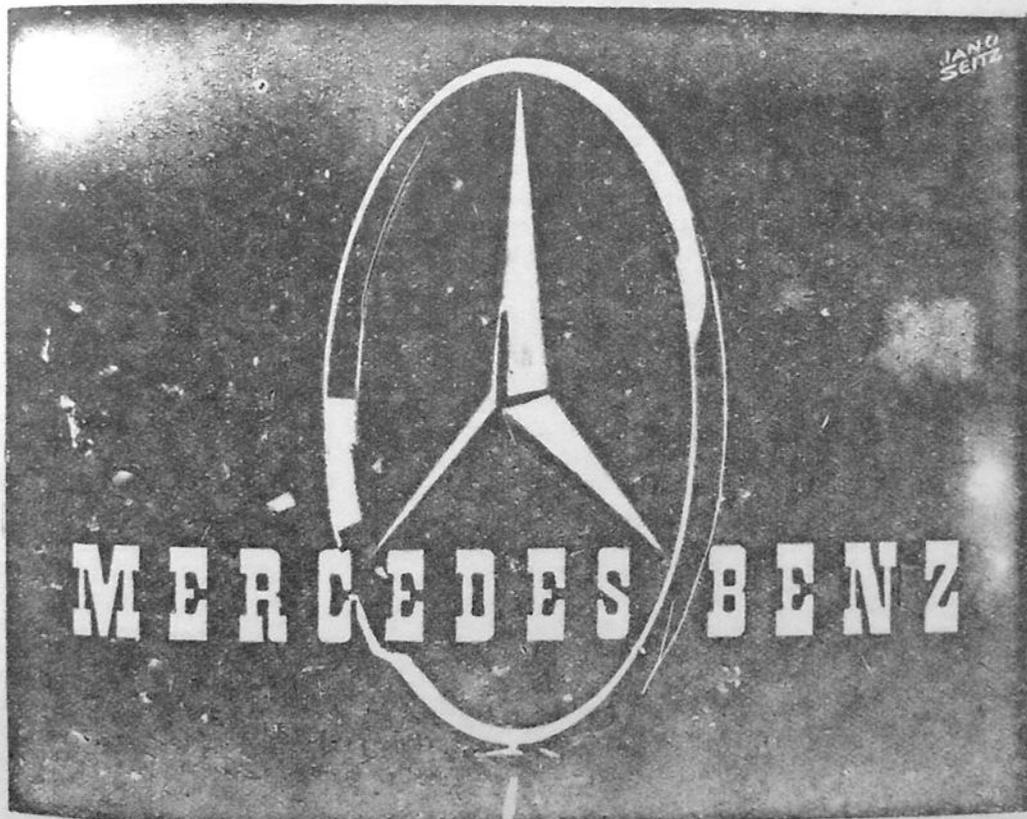
sante el esbozo de sociología tucumana de Herrera Figueroa; instructivo, ameno y de cumplida prosa la biografía de un hijo del gobernador Cubas; y cuán emocionante y pintoresco el relativo al gobernador Maubecín y a la pena máxima llabrada a la suerte.

Digno de lo anterior, a lo que no le cede ni en lo castizo ni en lo pintoresco, regional y curioso, es la tradición de Manuel Soria, y una poesía de encanto, ternura y frescura de brisa de amanecer, "Cuna Agreste", de la señora Azar de Suárez Hurtado, de quien no tenía noticia, y a la que agradezco la venturosa sorpresa producida.

Cuento de los que no se olvidan es el impresionante "Orgullo de un domador", y revedador de conocimiento histórico y experiencia de la vida pública "Regionalismo y Perso-

nalidad". Pica nuestra atención la nota sobre la Dajanova y llama poderosamente la atención la estampa central de la artista, cubierta de misteriosa belleza.

¿Y qué decir de las siempre inteligentes y honras notas de País? ¡Con qué placer he leído "Nosotros y el Café" y "Vivir del Sueño"! He ahí el arte de crear belleza con motivo de lo al parecer prosaico. Su prosa suelta, llana, fluida, sin artificio alguno, es digna de todo elogio. Sospecho que ambas notas se deben a una misma pluma. Y sobre todo el conjunto se destaca nitidamente el alma de una Catamarca renovada, risueña, espiritual, que toma posición de primera fila en el país por su impulso cultural! Dichosos los que tal renovación producen! Sean justamente elogiados y reciban mi gratitud de cata-



CAMIONES — CAMIONETAS — RURALES — FURGONES
EN EXISTENCIA PARA ENTREGA INMEDIATA
Concesionario para Catamarca y La Rioja

República y Salta

Rafael J. Pérez

Teléfono 313

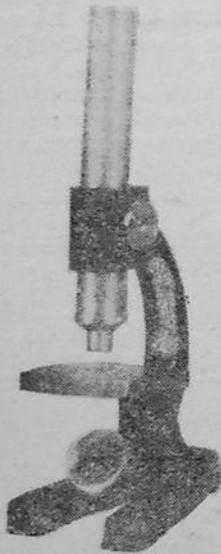
A los Profesionales de Medicinas y Ciencias Conexas de Todo el País

Si necesitan algún instrumento de Óptica, para determinada aplicación especial.

Nosotros

Podríamos

Fabricarlos



Escríbanos indicando a qué función destinaría el instrumento y le contestaremos sin compromiso, enviándole gratis, un pre-proyecto, cálculos y apreciaciones posibles.

DIRIJASE A:

SANITAS S.R.L.

República 621

Provincia de
CATAMARCA

marqueño.

Saludo a Ud. con mi consideración distinguida y mi afecto amistoso.

Del Dr. Luis Alberto Ahumada

"Estimado Padre Olmos:

De "ARBOL", la revista catamarqueña cuyo primer número, enviándomelo a domicilio sin previo pago, tuvo Ud. la deferencia de constreñirme a leer, he leído con interés excepcional su referencia histórica sobre la biblioteca, su origen y peripicias en este terruño nuestro. Digo que Ud. me ha "constreñido" porque paladinamente digo mi pecado, pecado común a muchos, a muchísimos en este suelo también nuestro. A lo nuestro, a lo que aquí surge, crece, actúa y vive no le asignamos valor ni trascendencia. Siempre tenemos listo el mohín despectivo, el "¡baaaahh!!" que es el juicio o prejuicio mejor dicho, lapidario, negativo, injusto. Lo rubricamos con ese "baahh" que tiene mucho de majadero y de majadil, sin hacer ni el menor esfuerzo para desentrañar sus quilates, su valor intrínseco, su significación, su valor de exponente de un esfuerzo, su valor de exponente de sacrificio, dedicación y afán intelectual o artístico.

Publicar una revista como "ARBOL" en Catamarca, es ya de por sí prueba acabada de una incurable inclinación hacia el absurdo... De una propensión anacrónica a lo quijotesco. De un casi morboso afán de lograr que la piedra nos escuche o de que se conmueva con nuestra voz la pared de cemento más cercana. Ud. y su colega el Padre Melo, deben estar afiebrados. O lo estuvieron intensamente cuando acometieron tamaña tarea...

Con todo, bendita sea esa fiebre. Que les dure aunque la cuenta de los febrífugos ascienda a más de lo que la billetera permita. Catamarca necesita de tales enfermos. Ya van o vamos quedando muy pocos. Otros se curan en seguida porque esta es tierra abierta generosamente a la semilla del pesimismo. Aquí la desilusión prende con facilidad agobiadora.

¿Egoísmo de los que pueden hacer algo para que empresas como la de "ARBOL" no desembocuen de inmediato en el fracaso redondo? ¿Falta de comprensión y de solidaridad entre quienes pueden y deben unir

sus esfuerzos en santa cruzada, para que la vida intelectual de Catamarca dé todos los frutos que puede dar para orgullo de la tierra que escuchó a Esquiú?

Porque la culpa no es solo del grueso público. Cuando Ud. le brinda en su diario una carta abierta decidora, el deleite es grande. Sabor paradisiaco. Cuando el diario habla del problema intelectual o artístico, ese lector dobla la hoja y dice "¡baaaahh!!" aplastante de tanta significación como el bostezo o el regoldar de Sancho. Eso hace el grueso público. Pero a veces también los de la élite... se contagian del bostezo.

No es endemia catamarqueña. Es mal humano, general. ¿Curarlo? Imposible. Pero algo debe hacerse. Porque lo veo a Ud. empeñado en hacer todo lo que puede hacer, le envío estas líneas, vehículo de mi cordial apretón de manos.

Su artículo, sencillo, ameno, ilustrativo, histórico revela al hombre que pasa horas y días en el archivo de las cosas ídas: para perfilar con justicia las realidades de aquel antaño que hogaño ya no interesan al grueso público. Ud. lucha así contra la injusticia tremenda de los pueblos que olvidan mañana al que hoy luchó por su cultura, su prestigio y su bienestar.

Decirle que anhelo sinceramente que "ARBOL" no muera, sería hablar como hombre de campo que ha plantado muchos árboles y ha visto morir también muchos... Pero se lo digo no más. Y se lo digo de "todo corazón" como acostumbran afirmar los enamorados. Confieso sin rubor que sigo enamorado a mis años de todo esfuerzo intelectual.

Cordialmente, mi abrazo.

Del doctor Héctor
Martín Olmos Cubas

"Buenos Aires, 12 de diciembre de 1955. Estimado Padre Olmos: ...Pero volvamos a la sombra reparadora de "ARBOL". Honra a Catamarca y a su cultura. Es un verdadero ardor, en el que campean juntas la técnica y la calidad, en materia periodística. Desde la portada, impresiona su presentación y seduce la variada gama de temas en los que sus autores parecieran trabados en airosa puja de superación intelectual. Pienso que la aparición de ARBOL señala una época en la evolución espiritual de Catamarca y a sus va-

lores más destacados los agrupó en lo que me atrevería a denominar la "generación literaria del 55".

Del Dr. Federico A. Rojas

"Buenos Aires, octubre de 1955. — R. P. Ramón Rosa Olmos. Estimado amigo: Hoy he recibido el primer ejemplar de la Revista "Arbol". La he leído con interés y cariño. Sólo la valentía de ustedes podía haber roto el silencio cultural de esa tierra, que por muchos años, a pesar de sus valores, permaneció en silencio.

"Sabe usted, mi buen amigo, el cariño que profeso a Catamarca; razón suficiente para poner mi modesta persona a sus órdenes; y desde ya como suscriptor.

"Adelante, el triunfo y la conquista es de los valientes y ustedes deben triunfar. Lo deseo y como una obligación a la cual no debe restarse ningún esfuerzo. Estoy con ustedes.

"Un fuerte abrazo al buen amigo y mis felicitaciones a la Mesa Directiva".

Del Sr. Nello Duranti

"Buenos Aires, 6 de diciembre de 1955. — R. P. Ramón Rosa Olmos. Estimado Amigo: He recibido su atento envío, pues supongo que a usted le debo el primer número de "Arbol".

"Desde que se anunció su aparición pasaban los días y siempre se postergaba el pedido; usted ha sido muy amable y le agradezco de todo corazón esta publicación.

"No sólo por el material, sino por su contenido sus artículos me han trasladado al querido suelo catamarqueño y he vuelto a sentir sus cordilleras, su gente y hasta el ozono, como diría Iturralde.

"Se van leyendo sus páginas sin apreciar que se concluye la obra y con gusto se recomienza a fijar la atención sobre algunos de sus artículos que aunque ya conocidos vuelven a tener frescura y lozanía. Ya con Julián Cáceres Freyre comentábamos días atrás, este nuevo esfuerzo. ¡Otra ventaja que Catamarca obtiene sobre La Rioja! y creemos que esta vez perdurará. El "Arbol" es fuerte, se nutre desde lo hondo y a ustedes no habrá hachero que lo tala. Soportará unos cuantos zondas, pero pronto llegará a madurar y alzaroba que nos brindan tan generosos.

"Sin hacer distinción especial, le pido haga llegar mi agradecimiento por este nuevo ma-

nantial a todos los colaboradores.

"Con la estima de siempre y más agradecido que nunca saludó. N. Duranti."

Del Dr. Carlos Villafuerte

"Buenos Aires, 19 de diciembre de 1955. Estimado Padre Olmos: Ayer, al recibir el segundo número de la revista "Arbol", no pude menos que apresurarme a escribirle para agradecerle su gentileza y para felicitarle. ARBOL es una revista de presentación muy agradable y de un jugoso contenido, que honra a la provincia. Desde hace años, en el ambiente espiritual de Catamarca, hacía falta una revista de esta categoría. Con excepción de "Meridiano 66", nada trasuntaba la inquietud de plumas catamarqueñas. De vez en cuando algunos artículos esporádicos nos demostraban que había una fuerza interior latente que pujaba por abrirse camino. "Marginalias" y los concursos literarios de "La Unión" incitaban a los escritores jóvenes; pero nada se concretaba.

"Y otra vez ustedes: el Padre Melo, usted, País y Bazán, han tenido que salir a la palestra e iniciar esta magnífica publicación que merece el aplauso de todos. Adelante Padre, a voltear la abulia y el desdén y la indiferencia que siempre acompañan a toda empresa. ARBOL, por sus escritos y por las plumas que lo representan, será muy pronto el vocero de noroeste, y estará tan profundamente arraigado que será muy difícil desvincularlo del espíritu catamarqueño. Lo felicito a los cuatro, de todo corazón y desde ya me cuentan como un suscriptor más".

De la Revista Catamarca de Buenos Aires

"ARBOL", revista catamarqueña de cultura. La brevedad de los trabajos y su variada temática, dan especial categoría a la revista instituida en el epígrafe. La mencionada publicación posee una virtud que ilumina sus propósitos y una renovada ansia de superación en el conjunto de artículos que valorizarán la amena presentación.

Su sano ideario es luchar por la elevación de la cultura, en una realización que requiere hombres dignos y cultos, para conducir la noble tarea a destinos superiores.

"Auguramos para esta elegante revista, la vitalidad, la pujanza y la robustez del "Arbol" que nos denota el segundo

número, la riqueza de la savia ascendente que vigoriza la complejidad de su organismo.

"Revista Catamarca" saluda con sumo placer al estimado colega, y le insinúa sinceramente, para la consecución de la elevada estructuración de su nutrido contenido, perseverancia.

De "La Gaceta" de Tucumán

"Acaba de aparecer el primer número de "Arbol", Revista Catamarqueña de Cultura cuyo comité de redacción está integrado por los señores Arturo Melo, Federico E. País, Armando Raúl Bazán y Ramón Rosa Olmos.

"Según se declara en las palabras liminares, la mencionada publicación tiene como objetivo desentrañar el sentido de la cultura regional, potencia originaria de la total sinfonía que compone la Patria. Asimismo se hace fe en la personalidad humana, inmortal concreción del Espíritu Eterno, en la Patria como esencia espiritual y núcleo de libertad fundamental para el hombre y en la provincia, cuyo símbolo más representativo es el agarrero, árbol tradicional de la región.

"Cuenta la revista con un nutrido material de lectura agrupado en las siguientes secciones: Problemas, Testimonio del pasado, Poesía, Crónica y Notas. (16 XII 1955).

De la revista

"Norte Argentino"

"ARBOL", revista catamarqueña de cultura, Nº 2 Arturo Melo, Federico E. País, Armando Raúl Bazán y Ramón Rosa Olmos componen el comité de redacción de este órgano catamarqueño de cultura.

"En esta segunda entrega, con material más espigado y mejor distribuido que en la primera, ARBOL explana los siguientes trabajos originales: Arturo Melo, Cinco días en el Este catamarqueño; Miguel Herrera Figueroa, Anotaciones para una Sociología de Tucumán; Ramón Rosa Olmos, Un hijo del Gobernador Cubas, sacerdote jesuita; Armando R. Bazán, El Gobernador Maubecón y la pena de muerte por sorteo; Manuel Sorla, Amor y Fe; Aldo Mirbé, El Orgullo de un domador; Juan de la Calle, Nosotros y el Café; Fadrigue Talero, Vivir del suelo; una sección de poesía y otra de crónicas y notas cierran la entrega pulcramente presentada con abundantes notas gráficas. (Noviembre de 1955).

MUEBLERIA
Ziperovich - S.R.L.
CAPITAL \$ 500.000

Muebles en estilos:
Moderno — Francés
Provencal — Rústico
Vienés — Inglés —
Sevillano — Colonial.

En todas calidades y
para todo presupuesto

♦
SERIEDAD Y
GARANTIA

RIVADAVIA 806 —
Tel. 701 — Catamarca

De la Revista "Argentina
Cristiana"

Ha llegado a nuestra mesa de relación el número 1º de ARBOL, revista catamarqueña de cultura que, dirigida por periodistas y hombres de letras de reconocida competencia, presenta dentro de un impecable esquema gráfico y con excelente factura literaria, un variado material ofrecido en forma interesante y amena.

He aquí algunas expresiones entresacadas al azar. En sus "Palabras Liminares" leemos: "Sube el árbol como una melodía, como un alma solitaria hecha, no obstante de la suma de las fuerzas unánimes. Sus raíces calan por debajo de la hosca sequedad de la superficie y penetran, con una especie de ciega y dolorida fe, esperanzada más allá de toda esperanza, hacia una húmeda dulzura, nutrida sin embargo de amargas sales, como amasada de lágrimas. Y recoge de ellas las instancias minerales, la riqueza secular de una vivencia cósmica condensada en jugos nutricios, el fervor que se intrinca en los oscuros trasfondos de la tierra como los secretos creadores en el alma de un hombre, o las potencias espirituales primarias en el seno de un pueblo. Porque el árbol realiza el milagro de devolver en reverdecimiento, en rumor, en canto, en fruto, la amargura de lo oscuro, de lo olvidado..."

"ARBOL" nació como un anhelo de evasión hacia los altos horizontes del pensamiento, ha-

cia las "empinadas esperanzas" en momentos de "pequeño materialismo, de oscura despersonalización, de romos horizontes", tomando como símbolo al algarrobo, al cual los pa'sanos llaman todavía hoy "el árbol", y presentándose como "una instancia regionalista" a la vez que "una instancia universal". Para los redactores de ARBOL, que creen en la Patria grande como articulación de esfuerzos de todas las "patrias chicas", la "Argentina se compone —entre otras instancias— de la presencia tranquila y serena del interior, y de la presencia pujante, brillante, aventurera del litoral, en sus ríos".

Las colaboraciones de este primer número, firmadas por Arturo Melo, Armando R. Bazán, Ramón Rosa Olmos, Pedro I. Ga'arza, Cornelio Sánchez Oviedo y otros reconocidos valores del medio, abarcan una amplia gama de asuntos y de estilos, desde el problema del ferrocarril de enlace entre Catamarca-Tucumán hasta la nota científica sobre la expedición a Laguna Blanca, sin omitir testimonios del pasado ni la poesía lírica.

ARGENTINA CRISTIANA, nacida en idénticas circunstancias, hace llegar su palabra de aliento a su colega ARBOL manifestando su deseo de mutua cooperación en el plano de los nobles esfuerzos que hoy espera la Patria, de todos los hombres de buena voluntad.

(Córdoba, diciembre de 1955).

Circunstancias ajenas a nuestra voluntad, han retrasado considerablemente la aparición de este número de ÁRBOL.

Esperamos, Dios mediante, retomar el ritmo inicial.



LA UNION

DIARIO DE LA MAÑANA

28 AÑOS

AL

SERVICIO

DE

CATAMARCA



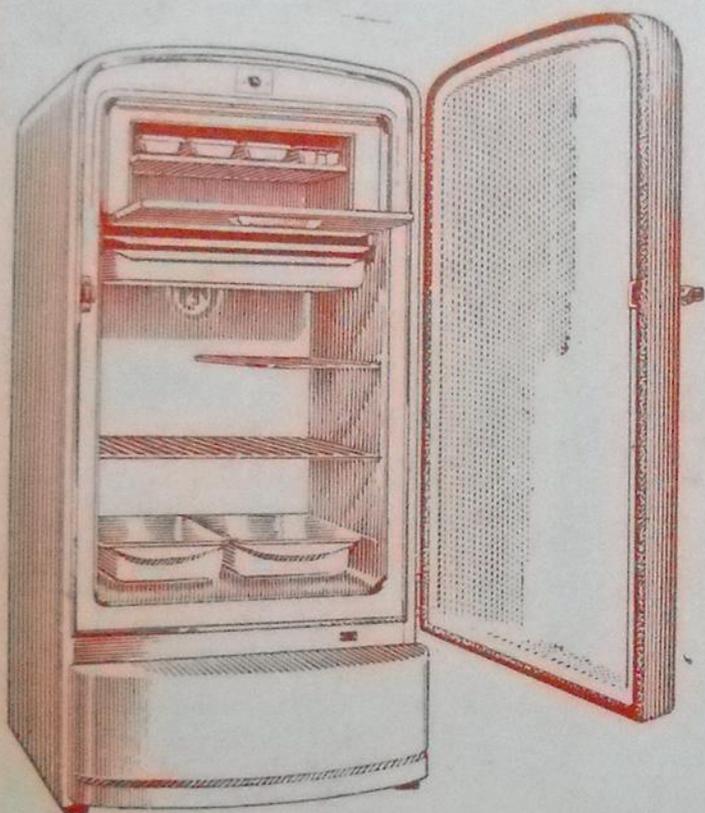
SAN MARTIN 669
TELEFONO 307
CATAMARCA



PHILIPS



La Heladera Heléctrica Magistral



Unidad blindada extra SILENCIOSA, de 1/6 C. V. Amplio CONGELADOR HORIZONTAL. Capacidad 254 dm³. Perfecta aislación con lana de vidrio. Exterior de esmalte extra duro, blanco; interior totalmente en lozado. Cerrojo suave y seguro. GARANTIA ESCRITA: 5 AÑOS.

ADQUIERALA CON FACILIDADES

en sus concesionarios

Casa Brenner S. C.

Rivadavia 949

Tel. 175

Catamarca